

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1855. — TOMO VI.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 14. — N° 155.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO.

Recepcion del rey de Cerdeña en Paris; grabado. — España y América en la Exposicion Universal de Paris. — Revista de Paris. — Tipos y fisonomias del ejército de Oriente; grabados. — El juicio final. — Exposicion Universal de la Industria. — Viaje del general Canrobert á Suecia; grabado. — Inauguracion de las obras del ferro-carril de Lisboa á Cintra y de los docks de Lisboa; grabado. — Los pendientes de la difunta. — La hortensia y la madre selva. — Hilda. — Exposicion Universal de Bellas-Artes; grabados. — ¡Vuelvo! — Revista de la moda. — Ferro-carril de San Quintin á Erquelmes; grabado. — El general de Ponteves, muerto en Sebastopol; grabado.

Recepcion del Rey de Cerdeña en Paris.

Paris recibió al augusto aliado de la Francia con la pompa debida á su alto rango. Habíanse dispuesto adornos alegóricos en la estacion del camino de hierro de Lyon, y entre riquísimas colgaduras de terciopelo color de grana con franjas de oro, se veian mezcladas las banderas de las potencias aliadas y las iniciales del rey Víctor Manuel. El emperador Napoleon envió á la estacion ocho magníficos carruajes; allí estaban además de las tropas formadas en masa el escuadron de los cien

guardias, uno de guias y otro de coraceros de la guardia, que habian de servir de escolta al augusto viajero. El rey Víctor Manuel llevaba el uniforme de húsares del ejército sardo, y el príncipe Napoleon que salió á recibirle, el de general francés. La comitiva de ambos príncipes era numerosa y compuesta de personas todas ellas notables por su posicion.

Apénas se apeó el rey del wagon de honor, cuando por todas partes resonaron los gritos de viva el Rey, viva el Emperador. Luego que descansó un momento se puso en marcha la comitiva, encontrando en su trán-



Recepcion de S. M. el rey de Cerdeña en el embarcadero del ferro-carril de Lyon, el 23 de noviembre de 1855.

sito las mas vivas demostraciones de afecto. A las tres llegó Victor Manuel al palacio de las Tullerías, donde le esperaban el Emperador y la Emperatriz. Las habitaciones que le fueron destinadas estaban situadas en el pabellon Marsan, y adornadas con un gusto exquisito.

La visita del rey de Cerdeña ha sido muy corta, pero en los seis dias que ha permanecido en Paris, ha sido objeto de las mayores atenciones por parte de la corte imperial y del pueblo parisiense. Se han dado fiestas en su honor; revistas, representaciones teatrales, visitas á los monumentos de la capital, cacerías en los bosques imperiales, tal es el sumario de los obsequios dirigidos al rey del Piamonte. Victor Manuel salió de Paris el 27 con direccion á Londres donde le espera otra recepcion no ménos espléndida que la de aquí, y otros regocijos.

España y América

EN LA EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS.

(Artículo tercero.)

V.

GRABADO, LITOGRAFÍA Y DIBUJO.

Un solo grabador español, el señor Martínez (D. Domingo), discípulo del célebre Calamatta, figura en la Exposicion, pero con bastante lustre para dejar bien puesto el pabellon de nuestro país. La estampa del gran cuadro de Murillo conocido con el nombre de *El sueño del patrio* (institucion de la festividad de Nuestra Señora de las Nieves), es una obra maestra. Eslo igualmente la *Hermosa jardinera* y los *Peregrinos de Emmaus*, sacados de los cuadros inmortales de Rafael y el Ticiano. El retrato de S. M. la reina de España hecho sobre un original de D. Federico de Madrazo es sin duda el mejor que se ha grabado de aquella augusta señora.

Además de estas excelentes producciones de su arte, el señor Martínez ha expuesto dos grandes dibujos, que sin duda se propone trasladar al metal: el uno es el segundo medio punto de Murillo, de los dos que están en la Academia de San Fernando de Madrid, compañero de *El sueño del patrio*, y el otro una hermosa cabeza de Velazquez.

El señor Parcerisa (D. Francisco Javier) ha presentado cinco interesantísimas litografías sacadas de la grande obra que está publicando hace años bajo el título de *Recuerdos y bellezas de España*. ¡Llor al artista de corazón que en esta época aciaga para las artes (en España á lo ménos) ha tenido valor bastante para acometer tan ardua empresa y que todavía lo sigue teniendo para llevarla adelante, á despecho de obstáculos que para cualquiera otro serian insuperables! Los que conocen la obra del señor Parcerisa, cuyo excelente texto está confiado á las acreditadas plumas de los señores Quadrado y Madrazo (D. Pedro), nos acompañarán seguramente en el vivo deseo que nos anima de que sea conocida fuera de España, pues en todos conceptos hace honor á nuestro país. Se lo hace porque demuestra lo que fuimos algun día y lo que todavía nos queda de los antiguos tiempos de nuestras glorias; se lo hace también porque demuestra igualmente que todavía quedan en España pechos generosos que palpitan con entusiasmo al recuerdo de aquellas glorias. Y cierto que no está de mas esta *demonstracion* en unos tiempos como los presentes en que acaba de verse con universal escándalo á un delegado del gobierno proponer de oficio al gobernador de Sevilla que se extraigan piedras de las ruinas de *Itálica* para componer los caminos de la provincia!!! No se crea que inventamos esta especie vandálica: consignado está el hecho en todos los periódicos de Madrid, y una sentida carta del embajador inglés lord Howden, publicada en la *España*, ha venido á darle una celebridad europea: si no fuera tan público, le callaríamos por rubor, pero supuesto que ya el silencio seria inútil para lavar á nuestra época y á nuestro país de esa mancha, digamos á lo ménos en desagravio del buen nombre español, que la indignacion pública ha hecho pronta y severa justicia de aquella propuesta bárbara, que bien podemos calificar de *barbaridad*. Volviendo á la obra del Sr. Parcerisa, de la cual van ya publicados ocho ó nueve tomos, si no nos es infiel la memoria, recomendamos vivamente su adquisicion á todas las personas ilustradas. Nuestra España antigua es poco ó mal conocida, lo cual es gran lástima, porque valia mucho mas que la moderna. Los tomos que van publicados comprenden las provincias de Aragón, Cataluña, Mallorca, Castilla la Nueva, Granada, Córdoba y Sevilla. Recientemente hemos leído en los periódicos de Madrid curiosas noticias de varios descubrimientos arqueológicos importantísimos para la historia del arte, que ha hecho el Sr. Parcerisa en su última expedicion veraniega á las provincias de Leon y Asturias, asunto de los primeros tomos de su obra que deben ver la luz pública.

Al mismo noble propósito de dar á conocer los antiguos tesoros artísticos que guarda España y que pocos conocen, se encamina el Sr. Carderera (D. Valentin), pintor distinguido cuanto sabio é infatigable anticuario. Los veinte dibujos y aguadas que ha presentado en la Exposicion pertenecen á la proyectada *Iconografía española*, obra colosal que esperamos se dará pronto á la estampa en esta capital del mundo inteligente. Fruto de treinta años de laboriosas investigaciones, de perseverantes

estudios y de viajes á todos los rincones de España y de Italia en que el arte español ha podido dejar algun rastro de su paso y de sus varias transformaciones. La *Iconografía* del Sr. Carderera nos parece destinada á derramar una luz enteramente nueva, tanto sobre la historia, como sobre las costumbres de la edad media, y muy señaladamente sobre los orígenes de la arquitectura española en todos sus ramos. Por lo que de ella conocemos, y es casi todo, no dudamos en asegurar que es el repertorio arqueológico de España mas completo y mas luminoso que pueden consultar los eruditos.

A mas de los dibujos del Sr. Carderera, comprende la Exposicion los del Sr. Hortigosa, modelos acabados que han merecido los mas entusiastas elogios de la prensa de Paris. Realmente son bellísimos: no creemos posible aventajar á este dibujante en delicadeza de ejecución é inteligencia del original. Los dos que ha expuesto reproducen con admirables pureza y verdad el santo Tomás y el san Antonio de Murillo, las dos perlas del gran maestro sevillano.

De ninguno de los varios ramos del arte que acabamos de enumerar nos han presentado muestras los artistas americanos.

VI.

LA INDUSTRIA ESPAÑOLA Y LA AMERICANA.

En los países atrasados, la industria se limita por lo comun á obrar inmediatamente sobre las materias primeras bajo su forma primitiva y natural; pudiendo decirse que el termómetro verdadero del adelanto industrial de una nacion se encuentra en el número mayor ó menor de preparaciones ó sea de transformaciones que su industria hace experimentar á aquellas materias. Cuanto mayor es ese número, mayor es el adelanto; pero sucede á veces que este no es absoluto, sino relativo, y que los productos, cuanto mas varios y mas multiplicados, por haber sido sometidas en ellos á mas numerosas transformaciones la materia ó las materias primeras de que se componen, suelen ser mas imperfectos, comparativamente con los que proceden de una elaboracion inmediata y manual de esas mismas materias, debida á industrias mas atrasadas. De esta verdad nos ofrecen un ejemplo insigne algunos de los productos semi-primarios de España y de América, como por ejemplo ciertos tejidos de paja y pita, ciertas labores de cuero y de madera, cuya perfeccion se deja muy atrás los mas acabados productos similares de la fabricacion inglesa, la mas adelantada del mundo. ¿Qué mas? labores de manos hemos visto, hechas por simples pastores de la Suiza, y hasta por los indios casi salvajes de Filipinas y de varios países de América, sin mas herramienta que una mala navaja ó una espina de pescado, que han asombrado en Paris y en Londres, no solo como prodigios de paciencia y maña, sino por su mérito real y positivo, mérito que no siempre logran alcanzar los productos de las máquinas con sus complicadísimos recursos mecánicos. Regla general: cuando falta la aplicacion inmediata de la mano del hombre, parece como que falta siempre el sello de la vida, algo de ese *quid divinum* que ilumina nuestras almas y que destella constantemente su misteriosa vitalidad en todas las obras de la inteligencia humana.

Cierto que la maquinaria es una gran cosa, una admirable conquista y un inmenso beneficio para la humanidad, en cuanto multiplica y abarata los productos elaborados hasta un extremo fabuloso. En tiempo de Felipe II, solo los monarcas y los grandes señores podian usar medias de seda é ir en coche; hoy disfrutan esta comodidad y aquel lujo hasta los lacayos. Que esto es un bien ¿quién lo duda? pero cierto, ciertísimo es tambien que á fuerza de vulgarizarse y de materializarse, por decirlo así, los productos de la industria, el arte se va bastardeando y el ingenio humano parece como que se bastardea y se materializa tambien, lo cual es sin duda un mal. Desde que hay máquinas y aparatos químicos para hacer estatuas y retratos, por ejemplo, se hacen incomparablemente mas estatuas y mas retratos que antes, pero se hacen peor. Bien mirado ¿es esto un adelanto? todos los productos juntos del daguerreotipo y de la fotografia ¿valdrán nunca un Rafael ó un Velazquez?

No sabemos si afortunada ó desgraciadamente, estas reflexiones sobre el exceso de los adelantos industriales no son todavía aplicables á España ni á América ni lo serán en mucho tiempo: aun estamos muy distantes unos y otros de los peligros de una cultura industrial demasiado refinada. Con raras excepciones, la exposicion española, lo mismo que la americana, solo ofrece de notable, ó bien frutos y productos naturales debidos á la feracidad de un suelo privilegiado, ó bien lo que llamábamos antes transformaciones inmediatas de las materias primeras. Nuestros lectores comprenderán la imposibilidad en que nos vemos de compendiar en un periódico la relacion cabal de todos los productos industriales presentados por España y América, con solo saber que los expositores españoles sin contar los de nuestras posesiones de ultramar, no bajan de quinientos: lo único que podemos hacer es dar una idea de los principales. Las memorias oficiales sobre la exposicion que de orden de nuestro gobierno están escribiendo los diferentes comisionados que ha enviado á Paris para estudiarla, y de algunas de los cuales sabemos que se publicaran muy en breve, nos dispensan de extendernos á pormenores que los aficionados á esta

clase de estudios encontrarán en ellas con mayor provecho y recreo de los que nuestros escritos pudieran proporcionarles, aun dado que tuviéramos espacio é ilustracion bastante para escribir de *todo* lo que hemos visto en el palacio de la Industria.

VII.

MINERIA, AGRICULTURA, ARTE FORESTAL.

La minería, la agricultura y el llamado *arte foresta* figuran en primera línea en la exposicion española. La numerosa coleccion de muestras perfectamente escogidas de maderas, carbones, corchos, resinas, espartos, etc., enviada por la escuela de montes de Villaviciosa ha llamado mucho la atencion de los inteligentes, no ménos que la idea feliz de haber acompañado á los productos del arte los instrumentos empleados para obtenerlos, todos de fabricacion española y varios de ellos preferibles, segun hemos oido á algunos prácticos, á los que se emplean en los grandes establecimientos forestales de Francia y Alemania. Las hachas *picadera* y *cuadradera*, el *destral*, el hacha de *apeo y labra* á la vez, y el *trinquival* de Santander, empleado para la extraccion de las maderas de los montes, han parecido generalmente inmejorables. El real Patrimonio es nuestro expositor mas rico en el ramo de montes: la multitud de muestras de maderas que ha presentado de los bosques reales de Aranjuez, el Pardo, Balsain, el Escorial, y para decirlo de una vez, de casi todas nuestras provincias, prueba los inmensos recursos que en este punto posee nuestro país y que beneficiados oportunamente podrian ser uno de sus primeros elementos de riqueza.

Las provincias de Jaen, Soria, Guadalajara, Huesca, Segovia y Búrgos han presentado resinas excelentes, y esta última varios productos resinosos elaborados en la fábrica de los señores Meceta y compañía, establecida en Ontoria del Pinar. La Junta de Agricultura de la provincia de Córdoba ha remitido cincuenta y cuatro muestras de maderas de construccion y de ebanistería del país. Los señores Cañizares (de San Vicente, en la provincia de Badajoz) y Carrero, de Gerona, han expuesto corchos en bruto y elaborados para tapones.

Las ciento catorce muestras de carbon de piedra, procedente en su mayor parte de las minas de Asturias; el crecidísimo número de muestras de hierros, calamina, plomo, cobre, zinc, galena, manganeso y plata de nuestras innumerables minas y especialmente de los criaderos de Murcia y Hiendelaencina; el estaño de la mina de Zamora; el cinabrio de la compañía minera asturiana, son riquezas minerales que justifican la antigua fama de nuestra nacion en este punto, tan decantada en los escritores romanos y árabes.

La abundancia de minas de ulla ó carbon de piedra en Asturias y su calidad no reconocen ventaja en ningun otro país: solo los distritos de Langreo y de Siero contienen 35 grandes criaderos, comprendidos en un espacio de sobre 300 kilómetros de Este á Oeste por unos 20 de Norte á Sur. El grueso de las capas rara vez llega á tres metros; comunmente es de uno. Segun los informes remitidos á los comisarios de la exposicion por el inspector de aquel distrito minero, las ulla de Asturias dan de 48 á 77 por ciento de coke y 60 por término medio; de 22 á 52% de sustancias gaseosas, y 40 por término medio; y de 5, 96 á 16% de ceniza, 3 por término medio. Su potencia calorífica es de 6246 calorías (1). El coke que producen es de buena calidad, duro y compacto, y sus cenizas suelen ser un poco ferruginosas. Las capas combustibles no se extienden uniformemente sobre toda la extension que hemos señalado, antes bien presentan en general mucho declive y con frecuencia aparecen enteramente verticales, pudiéndose seguir sus bordes por las vertientes de los valles, algunos de los cuales llegan á una profundidad de 300 á 400 metros. El coste neto del carbon extraido es hasta ahora de sobre 24 maravedis el quintal, coste muy inferior al del que se obtiene en las principales minas de Europa, pero la suma dificultad que ofrece la construccion económica de caminos en un país tan montuoso ha sido siempre y continúa siendo un grande obstáculo para que el laboreo de estos magníficos criaderos adquiera todo el desarrollo de que es capaz, y que adquirirá sin duda cuando el gobierno y los capitalistas se convenzan de las ventajas que han de resultarles de vencer esos obstáculos, que al cabo no son insuperables. La extraccion se verifica y podrá verificarse todavía por mucho tiempo sin auxilio de máquinas, por medio de galerías abiertas en el fondo de los valles, lo cual, unido al bajo precio de los jornales en un país pobre y muy poblado, explica aquella baratura de productos de que hablábamos poco antes.

Para concluir con lo relativo á las minas de esta provincia, réstanos mencionar las diferentes muestras de hierros y aceros de Truvia que ha presentado el cuerpo de artillería, y los cobres de los criaderos Monasterio y Padron en el Concejo de Cabrales. La excelente carta geográfica de Asturias por el ingeniero señor Schultz que hemos visto en la Exposicion, da una idea cabal de las condiciones topográficas de esta provincia, una de las mas importantes de España bajo el punto de vista minero.

(1) Lo mismo que *unidades de calor*, medida adoptada para calcular la potencia calorífica de los combustibles por medio del instrumento llamado *calorímetro*. La caloría ó unidad es la suma de calor suficiente para elevar la temperatura de un kilogramo de agua de cero á 1 grado.

Las provincias de Palencia, Córdoba, Gerona, Sevilla, Soria, Cuenca, Guipúzcoa, Teruel, Zaragoza, Murcia, Alicante, Castellón, Madrid, León, Zamora y Vizcaya figuran en la Exposición por las uñas de sus minas, entre las cuales las hay riquísimas: solo citarémos algunas. La de Barruelo de Santillán, que beneficia la sociedad Collantes hermanos (Palencia), forma un depósito de 30 kilómetros de Sur á Norte sobre 12 de Este á Oeste, compuesto de dos grupos diferentes con diez capas en descubierto, de las cuales solo cinco están en laboreo: este depósito forma parte probablemente de la formación carbonífera asturiana. La potencia general de las capas es de 1 metro 50 centímetros, á veces mas, pero sin pasar nunca de 4. Dista del puerto de Santander 83 kilómetros. Su exportación anual viene á ser de 85,000 hectólitros de uña para la producción del gas del alumbrado de Madrid, y 3,000 quintales métricos de coque para el ferrocarril de Aranjuez. El criadero de Belmez (Córdoba) que beneficia la sociedad Los Santos, reconocido ya en una extensión de 40 kilómetros de largo sobre 2 de ancho, presenta diez y seis capas de una potencia media de 4 á 5 metros, pero que llega á veces á la enorme cifra de 30 como en la mina denominada *Terrible* á la que pertenece la muestra presentada por la sociedad concesionaria. Es notable este carbon por la poca ceniza que contiene, la cual es además sumamente blanca.

El depósito carbonífero de *San Juan de las Abadesas*, en la provincia de Gerona cuya muestra lleva en el catálogo el número 66, es otro de los buenos de España, por su gran potencia calorífica, superior á la de las uñas de Langreo, pues es de 7009 2 calorías. Su carbon de mejor calidad da 72 por ciento de coque, 24 de gas y 4 de cenizas. La potencia de sus capas varia desde 1 hasta 17 metros: catorce se han puesto ya en descubierto sobre una extensión de 20 kilómetros, de los cuales solo 3 se benefician hasta el presente. Su laboreo sin embargo debe tomar en breve grande extensión, pues este depósito solo dista 14 leguas del puerto de Rosas y 17 de Barcelona, que es sin duda el primer centro industrial de la península.

Entre las muchas muestras de lignita presentadas en la Exposición parece la mas importante, la que proviene de la mina *Divina Pastora*, en Alcoy (Alicante) uno de los criaderos mas ricos de España. La cantidad extraída anualmente no baja de 2,000 toneladas métricas: es casi el único combustible que se emplea en las grandes fábricas de paños y papel de Alcoy. Poco menos ricos y de productos no inferiores en calidad son varios criaderos de Teruel y Zaragoza, entre otros el de Utrillas (mina *Presespina*) en la primera provincia, y el de Torrelapaja (mina S. Antonio) en la segunda; de ambos hemos visto productos curiosos en la Exposición.

No hemos detenido un poco en este ramo de industria minera, porque le creemos destinado á ser una de las mayores fuentes de riqueza de nuestro país.

Conocida es de todos la excelencia de nuestros hierros de Vizcaya y Asturias; pero no lo es tanto su baratura respectivamente á los de otros países. El Sr. Arza, dueño de la fábrica de Cegama, ha tenido la oportuna idea de enviar al jurado de la Exposición los precios de sus productos que nuestros lectores á quienes pueda interesar esta materia verán tal vez con gusto:

Láminas de hierro de 3 pulgadas de ancho por 5 líneas de grueso.	18 rs.	la arroba.
Id. de 3 pulgadas cuadradas.	20	Id.
Id. de 2 id. de ancho y 12 líneas de grueso.	20	Id.
Llantas de 4 pulgadas de ancho y 14 líneas de grueso.	19	Id.
Chapas de hierro para fusiles.	25	Id.
Id. — para escopetas.	22	Id.
Id. — para carabinas.	22	Id.
Barras de acero para baquetas.	50	Id.
Id. — de 4 líneas cuadradas.	30	Id.
Id. — de 6 id.	28	Id.
Id. — de 12 id.	26	Id.

EUG. DE OCHOA.

Revista de Paris.

A mediados del año que está finalizando una importante cuestion literaria puso en conmocion el mundo de las letras suscitando muchas simpatías que duran aun entre las clases inteligentes. Un donador anónimo habia encargado al señor doctor Veron (una notabilidad financiera, política y periodística de Paris) que pusiera á disposicion del comité de los *hombres de letras* de la capital una cantidad de diez mil francos para premiar las mejores obras de prosa y de poesia que á continuacion se expresan:

1º Una medalla de 2000 francos al mejor discurso sobre esta cuestion: « Las letras y el hombre de letras en el siglo XIX »;

2º Otra del valor de 1,500 francos al mejor escrito acerca de este asunto: « Estudios sobre Balzac, autor de la *Comedia Humana* »;

3º Otra de 1,000 francos á una « Novela » de cincuenta á sesenta mil letras;

4º Otra de 1,500 francos á la mejor composicion poética sobre este asunto: « Los buscadores de oro en el siglo XIX ».

La suma restante de 4,000 francos debia repartirse por

la comision entre las obras que juzgase dignas de premios secundarios.

Al punto se formó un jurado de exámen para pronunciar su fallo sobre el mérito de las obras que se enviarán al concurso y otorgar los premios. Hé aquí la lista de este jurado que se compone de notabilidades literarias y de los miembros del comité de la Sociedad de hombres de letras:

Miembros de la Academia francesa: MM. Flourens, A. de Lamartine, E. Legouvé, P. Merimée, Pongerville, Ponsard, de Sacy, Saint-Marc Girardin, Sainte-Beuve, Scribe, Vignet.

Miembros del Instituto: MM. A. Adam, Fromental Halévy, L. Reybaud, de Sauley.

MM. Boilay, A. de Calonne, Cauvain, Chasles, Cohen, A. Denis, Cuvillier-Fleury, E. Deschamps, Feuillet de Conches, Th. Gautier, E. de Girardin, E. Gonzales, L. Gozlan, L. Havin, A. Houssaye, A. Jubinal, J. Lacroix, Lubis, Méry, L. Plée, J. de Premaray, Robillard de Avriigny, C. Rabou, A. Second, F. Wey.

Miembros del Comité: MM. X. B. Saintine, presidente de la Sociedad de los hombres de letras; L. Lurine, M. Masson vice-presidentes; Altaroche; C. Asselineau, secretario; M. Aycard, marqués de Belloy; H. Celliez, relator; Champfleury; E. Enault; secretario; X. Eyma; P. Juillerat; P. Lacroix (bibliófilo Jacob); J. Lecomte, C. Monselet, archivero; A. Ponroy, relator; vizconde Ponson du Terrail, secretario; J. Sandeau, baron Taylor, presidente honorario, miembro del Instituto; E. Thierry; marqués de Varennes, doctor L. Veron y P. Zaccane.

Este jurado de exámen señaló un plazo para la recepcion de los manuscritos, que expiró el 1º de octubre, y desde entonces hasta hoy los jueces trabajan incesantemente sin haber pronunciado sus fallos todavía: ¡júzguese cuál habrá sido el número de las obras presentadas sobre ciertos asuntos! La composicion poética sobre los « Buscadores de oro » ha producido versos á montones: de todos los puntos de la Francia han llovido estrofas sobre la junta de exámen, y según los rumores que circulan, de los trescientos poetas inspirados por esa materia se llevará el premio definitivamente un escritor desconocido que ha presentado una composicion dialogada con una riqueza que deslumbra. El asunto exigía esa circunstancia característica.

El número de Novelas dirigidas al mismo jurado es tambien muy considerable, pero hasta el dia se ignora que se haya tropezado con una obra maestra de interés y de estilo que es lo que se busca en ese certámen. Los « Estudios sobre Balzac y el Hombre de letras en el siglo XIX » han inspirado á ménos escritores. Ha llegado á decirse que el primero de estos premios no podria otorgarse en razon á la inferioridad de los manuscritos enviados sobre ese asunto tan difícil.

Entre las obras que han examinado los jueces han hallado extravagancias de concepcion y de estilo que merecerian señalarse. Hé aquí un solo ejemplo; en un manuscrito sobre Balzac se leía lo siguiente: « Sea como quiera, me parece muy cierto que la posteridad no podrá ménos de colocar á Balzac, en la gerarquía de su época, entre Paul de Kock y Jules Sandeau. » No hay comentarios á tales pensamientos.

Es de extrañar que el « hombre de letras, » un asunto tan propio para los talentos críticos y observadores de nuestros dias, no haya producido lo que se esperaba. Y sin embargo, ¡qué estudio tan curioso podria hacerse sobre el escritor en el siglo XIX, sobre su vida, sus recursos, sus medios de existencia, sobre los elementos de sus triunfos, costumbres, vida y recursos tan diferentes de lo que fueron en otras épocas! ¡Qué rasgos de carácter tan marcados podrian recogerse y señalarse en los millares de artículos y de folletos publicados en Francia en los 30 últimos años! Aquí vemos uno que produciendo á docenas las columnas que le pagan bien caras, apenas logra vivir con los que le rodean, en tanto que otro á beneficio de un par de folletines por semana, vive entre seda y terciopelo, entre todas las maravillas del arte contemporáneo. Este, cuyo nombre se ve en todos los periódicos, en todas las esquinas, á pesar de sus hábitos de orden y economía, alcanza con gran trabajo la satisfaccion de alimentar y educar á sus hijos, mientras otro sin trabajar hace su fortuna. Aquí el grave historiador obligado á crearse recursos con obras anónimas para hallar medios de continuar y concluir el largo estudio á que pide su fama; y allí el hombre de entendimiento claro y formal condenado por la dura necesidad de la existencia á seguir eternamente una via de frivolidad que no es la suya, y mas allá, por último, el escritor jocosolanzado en la senda de la oscura política ó de las ciencias financieras y administrativas.

No hay duda que sobre este asunto se habrian podido dar á luz obras de mérito, si escritores de juicio crítico, fino y penetrante como varios de los que figuran en el jurado de exámen hubiesen tomado la iniciativa. Pero de todos modos esperaremos las decisiones del comité sobre este y los demás puntos del certámen, y no descuidaremos el comunicarlas á nuestros lectores en su dia.

Un millonario muy aficionado á cosas de arte ha hecho un hallazgo notable que enseña hoy á todo el mundo en su palacio lleno de curiosidades artísticas de mucho precio. Hé aquí cómo los periódicos de Paris cuentan la historia de este descubrimiento:

« Hace algun tiempo M. M... (el millonario susodicho) pasando por el muelle de San Miguel distinguió en una prendería un mueble medio oculto por una porcion de trapos viejos: era un sillón ó asiento monumental cuyo aspecto llamó su atencion extraordinariamente. Nuestro curioso se acerca, quita cuanto habia encima del sillón, y descubre que era de piedra muy dura y que ofrecia todos los caracteres de la antigüedad mas remota. Entonces interroga al prendero que apenas puede satisfacer su curiosidad sobre el origen de ese objeto extraño; en suma, el

merceder le dice que, despues de haber corrido fortunas diferentes, el sillón traído de Oriente á Marsella y luego á Paris por compradores sucesivos que no quisieron conservarle en razon de su peso excesivo, vino á manos de una señora á quien fué dejado en pago por uno de sus inquilinos.

« El prendero tenia encargo de pedir por él un precio muy elevado. M. M... vacila un poco, se marcha, vuelve, y acaba por hacer la compra por una buena cantidad, aunque rebajaron algo de lo que habian pedido, y hoy este curioso objeto se halla depositado en un vestíbulo de la habitacion de M. M... donde ya ha sido examinado por varios anticuarios, todos contestes en asegurar que es un objeto raro y curioso, aunque sin pronunciarse todavía sobre su origen verdadero.

« Este sillón es de basalto negro, y su fondo es de granito negro tambien. El respaldo remata en unas alas como de murciélago formando abanico. Se halla adornado con un medio punto dorado sembrado de cornalinas, ópalos y ágatas; en las alas se ven igualmente varias incrustaciones de pedrerías, y se notan sobre todo dos medias lunas de malaquita. ¿Son estas incrustaciones del origen del mueble? La duda es permitida, pero sin embargo, deben ser muy antiguas, así como otras que tiene de marfil enrojecido por el tiempo que cubren los brazos de ese trono, los cuales han recibido asimismo una especie de revestimiento de cobre rojo dorado ajustado por medio de tachuelas doradas, lo que parecería indicar que ese trabajo data de una época en que la soldadura no estaba en uso todavía. Otras chapas de cobre se encuentran en varias partes de ese sillón.

« Pero no olvidemos tampoco una estrella de cristal rojizo ó que toma ese color por un transparente colocado debajo que está incrustado en medio del respaldo. Además en varios sitios se descubren restos de incrustaciones de nácar, pero según la opinion emitida hasta aquí por los inteligentes estas son simplemente añadiduras muy antiguas por cierto, pero modernas relativamente al origen del sillón: las medias lunas indican acaso que estuvo en posesion de un príncipe musulmán.

« Hemos dicho que este sillón es de basalto negro, y ahora debemos añadir que en los delanteros se ven dos figuras grabadas con barba rizada, y con esos grandes ojos fijos que se notan en los colosos asirios del Museo del Louvre; uno de ellos tiene un sable de hoja corta y ancha. En el respaldo del sillón hay grabadas dos serpientes una enfrente de otra, y debajo hay dos manos; la de la izquierda tiene un cetro hácia el cual se extiende la otra mano colocada á la derecha y que está abierta. Sobre el cetro se distinguen varias letras, dos de ellas con la forma griega. Debajo del asiento en los lados exteriores y detrás, tambien por fuera, hay varias inscripciones, todas ellas muy claras en caracteres cuneiformes: aquí los hombres doctos han confesado su falta de competencia. Quizá estas inscripciones explican el origen de ese singular monumento.

« Pero ¿por qué serie de vicisitudes ha pasado para revestirse de adornos tan diversos, y para llegar en fin al lugar donde los anticuarios tendrán tiempo seguramente de estudiarle con detenimiento? Excelente problema para un hombre como M. de Longperrier, el sabio conservador del Museo asirio del Louvre, y para M. Oppelt que aseguran lee corrientemente esos caracteres enigmáticos para todo el mundo. Aviso tambien á la Academia de inscripciones y bellas-letras. »

La semana que acaba de trascurrir ha sido en Paris muy fructuosa para los bibliófilos. No hace muchos dias aun se llevaban al cementerio los restos mortales de uno de esos hombres en quienes la afición á reunir libros se vuelve una enfermedad crónica. Era este un antiguo comerciante que se retiró de los negocios con una fortuna considerable. Al principio la afición susodicha no llamó la atencion de nadie, pero poco á poco fué tal el incremento que llegó á tomar, que la familia se alarmó seriamente y quiso poner un freno á este delirio. El ex-comerciante habia concluido por comprar todo cuanto veia; todo el piso bajo de su casa estaba ocupado por los volúmenes y la invasion se propagaba ya á los salones del piso principal, cuando la señora del maniático con la intervencion de la justicia cortó de repente los recursos que alimentaban esa terrible demencia bibliográfica.

Desde aquel instante el pobre viejo principiá á sentirse devorado por un tormento agudo; pasaba las horas lamentándose y suplicando á su mujer le permitiera algunas compras de libros que siempre la juraba serian los últimos; pero como ella queria conservar los restos de aquella fortuna malversada, solo condescendia con sus ruegos en las ocasiones en que su negativa envolvía á su juicio un peligro real para la existencia del anciano. Pero esta triste situacion no podia prolongarse muchos años en la edad ya muy avanzada del comerciante, y en efecto á últimos de noviembre el viejo bibliófilo espiraba entre sus montañas de volúmenes.

Sin embargo, la coleccion de libros que ha dejado es poco importante relativa á la enorme cantidad de obras que la componen. El comerciante en los primeros tiempos de su loca pasion hizo buenas adquisiciones, pero despues compraba, como hemos dicho, todo cuanto le venia á la mano; los ejemplares repetidos de una misma edicion forman cantidades considerables.

A pesar de eso, los que han formado el catálogo de esta librería colosal han podido reunir una bonita coleccion donde no habrá aficionado, cualquiera que sea su gusto particular, que no pueda encontrar obras del mérito mas raro. Verbigracia, los aficionados á manuscritos tienen una « Biblia latina » del siglo XIII sobre papel vitela, con miniaturas, y las « Horas de la Santísima Virgen, » tambien sobre vitela, de una frescura incomparable y enriquecidas con orlas de flores y miniaturas sobre fondo de oro. Entre las ediciones de los primeros tiempos de la imprenta, podemos

citar las « Cartas de San Cipriano » salidas de las prensas de Sweinheim y Pannartz en 1471, tres ediciones rarísimas de las « Fábulas de Esopo » impresas á fines del siglo XV y principios del siguiente, y la primera edicion de las « Sátiras » de Filelfo, impresa por Valdarfer en 1476. Luego hay varios libros impresos por los Aldes, que tienen un crecido valor en librería, como el « Teócrito » de 1495, el célebre « Decameron » de 1522, y algunos volúmenes, casi desconocidos, impresos por los Elzevires, así como las primeras ediciones de un gran número de obras célebres en

el día, como la « Divina Comedia » del Dante y las piezas de Moliere. Por último, se encuentran asimismo en esta preciosa coleccion algunas obras notables impresas en vitela como el « Machazor, » 1685, una edicion original de « Saunazar, » 1526, y la « Vida de Pibrac, » 1584, con una encuadernacion bien conservada.

Muchos de estos volúmenes llevan en sus portadas las marcas de las bibliotecas famosas de J.-A. de Thou, del príncipe Eugenio, del conde de Hoym y aun de Longepierre. — Con esta coleccion de libros se ven pocas es-

tampas. Sin embargo, hay unas « Figuras de la Biblia, » ó sean ochenta y cuatro dibujos iluminados sobre papel, de fines del siglo XIV de una ejecucion tan notable, que ninguna coleccion particular, ni aun los grandes museos, poseen una serie tan completa : pertenecen á un maestro de la escuela de Alsacia ó de Baviera.

Todas estas preciosidades se habrán vendido el viernes último en el local destinado á esta clase de almonedas.

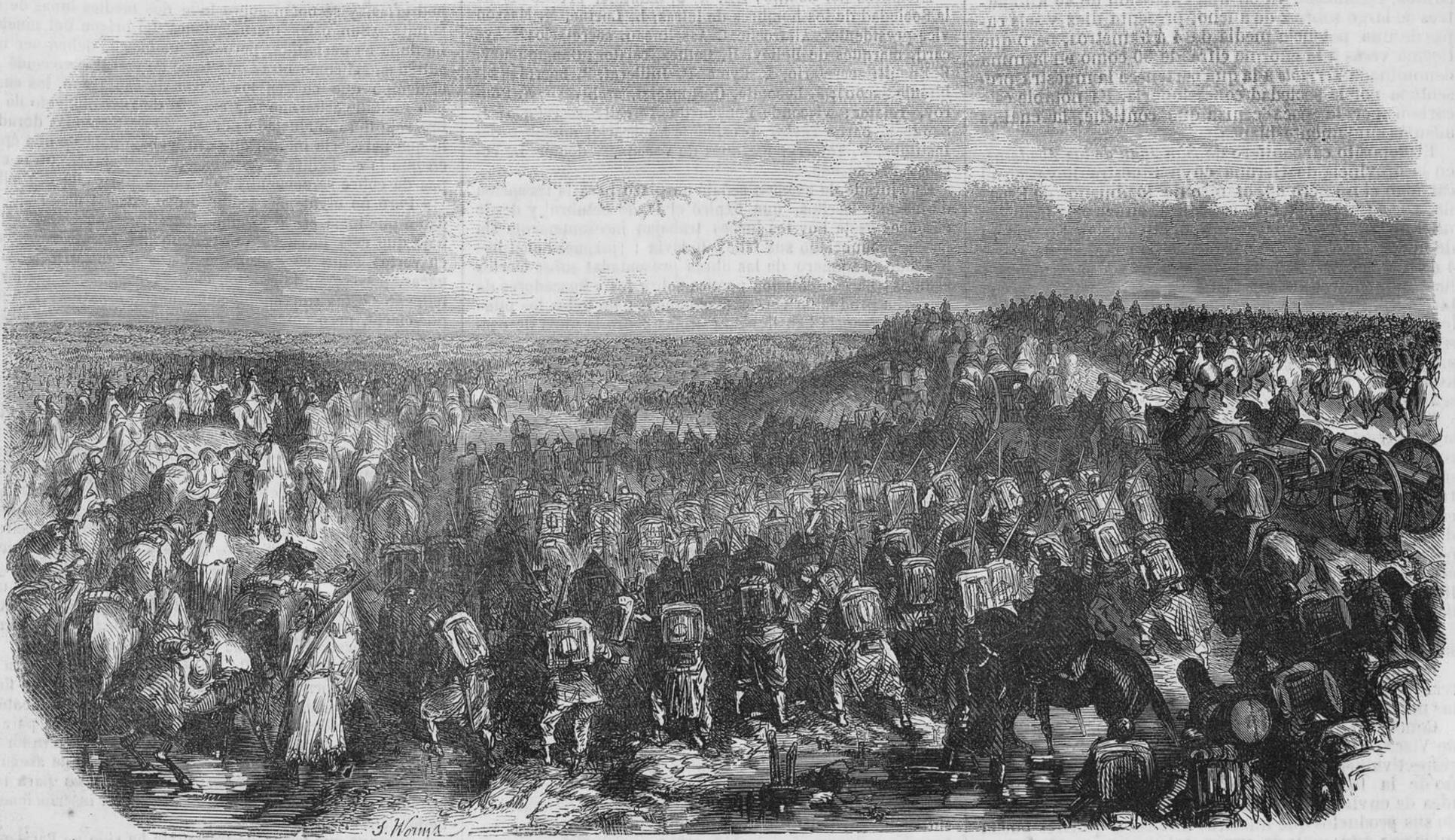
MARIANO URRABIETA.

Tipos y fisonomías del ejército de Oriente. — PROLOGO. — PRIMERA PARTE.

Hace algunos meses prometia yo á los lectores de este periódico no precisamente una historia del ejército de Oriente, sino á lo ménos una narracion fiel de los hechos interesantes y curiosos á que asisto pronto hará

dos años, una revista general de todas esas fisonomías pintorescas, detalles perdidos en el conjunto, individualidades heroicas que los partes oficiales confunden necesariamente en la gloria colectiva.

Historiador en pequeño, pero concienzudo ya maneje la pluma ó el lápiz, me prometo poner en evidencia bajo una forma viva todos esos tipos heterogéneos unidos por un pensamiento comun y cuyo con-



Marcha general.

junto grandioso tiene en suspenso á la Europa.

Però ¿por dónde empezaré? Perdido en medio de mis recuerdos, de mis notas y apuntes recogidos hace tantos meses segun se presentaba la ocasion es á menudo segun el acaso de mi fantasia, no sé qué elegir, y la primera lámina puede dar una idea de mi apuro.

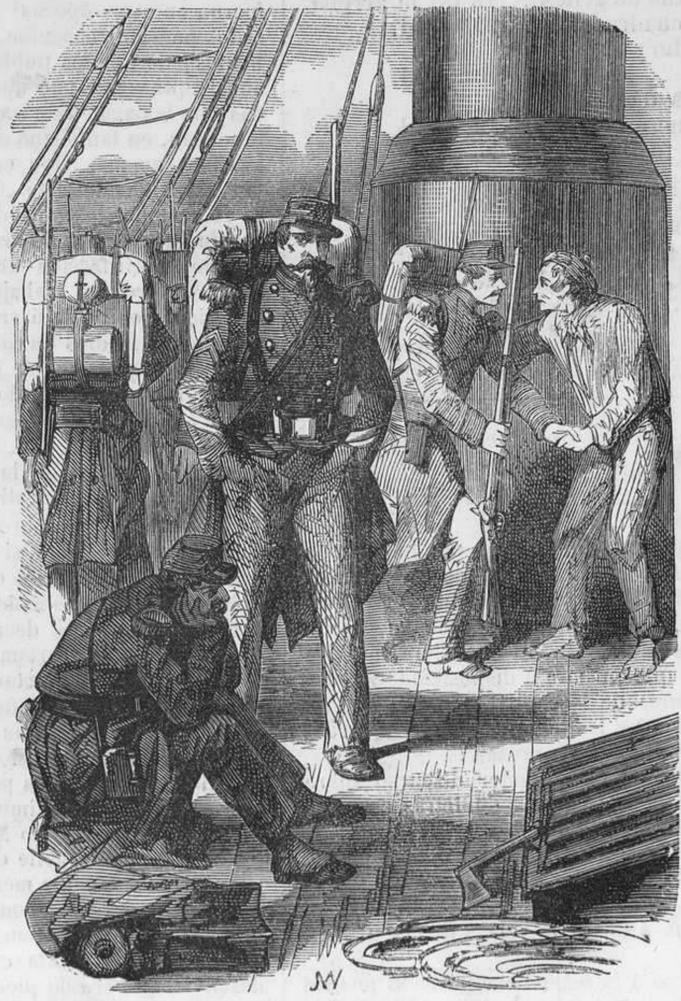
Hé ahí pues un cuerpo de ejército en marcha : caballería, infantería, servicio de transportes, servicio de hospitales ambulantes, artillería y gendarmes, de todo se encuentra un poco : y un refuerzo que envían á Crimea.

Marcha por el camino de Marsella, y creo que en último resultado lo mejor que tenemos que hacer es seguirle hasta llegar con él á nuestro puesto en Sebastopol.

Aunque nos pro-



Las despedidas.



Veterano marítimo.

pongamos mucha precision y minuciosidad en nuestra narracion, pasaremos rápidamente sobre las despedidas mas ó ménos prolongadas, mas ó ménos tiernas que los pobres soldados cambian á la orilla del puerto de la Joliette con los parientes, los amigos y las esposas; ese es un espectáculo conocido que se ha descrito ya muchas veces : la situacion es demasiado grave para que nos permitiésemos ninguna chanza y se halla tambien demasiado gastada por la literatura contemporánea, para que tratásemos de con mover con ella. Pasemos á la marcha.

En el puerto se ven dos buques de vapor, una hermosa fragata del Estado y uno de esos ricos y rápidos steamers de las mensajerías imperiales. Ambos buques se

preparan en tanto que una porcion de botecillos les llevan los últimos destacamentos de la tropa.

A bordo reina un desorden estrepitoso. La cubierta se halla ya obstruida con los compartimientos para los caballos, los forrajes, el carbon supletorio, las provisiones de guerra y sobre todo por los bagajes de los que van llegando. Preguntase uno con asombro cómo se podrá colocar toda esa gente para que la tripulacion trabaje en la maniobra, y cómo podrán siquiera vivir los pasajeros durante la travesia. Sin embargo, las embarcaciones se suceden unas á otras, y los hombres van subiendo á bordo sin cesar; el uno empujando al otro, cada cual busca y acaba por encontrar, lo que es extraordinario, un rinconcillo cuya toma de po-



Los caballos á bordo.

pos de tropas, cuando todo el mundo descuida el aseo, ya le veremos, repetimos, á despecho de las fatigas de la campaña y de la intemperie de las estaciones, siempre limpio y alerta haciendo su servicio en el bivaque, lo mismo que en Paris á las puertas de la Opera.

En este momento, como hace todo buen soldado, se ocupa mas de su caballo que de él mismo, y piensa con ansiedad en los diez dias que tiene que pasar el pobre animal en la jaula que le han designado.

En cuanto al zuavo, este por todas partes se encuentra en su casa; nada le conmueve ni le asusta; ligero, diestro, incansable en la batalla, obra siempre con la agilidad, las astucias y la imperturbable sangre fria de un buen cazador; en el cam-



Un recluta.

llá se distingue la mirada de compasion irónica del soldado viejo de Africa familiarizado ya con el movimiento marítimo. Este sube con mucha serenidad, por principios, sin torpeza, sin ningun contratiempo. Su bigote y perilla comienzan á blanquear, su frente está tostada hasta la línea del kepi, y bajo su nariz roja funciona sin cesar una pipa corta y de un negro lustroso. Este se instala en poco tiempo sin que su sangre fria de musulman le haya



Angustias.

abandonado un instante en esa operacion escabrosa.

Mas allá vemos al buen gendarme, pues esta tropa valiente y admirable que los pilluelos de Paris encuentran grotesca, que sin cesar es objeto de sus burlas y que respetan lo ménos posible, esta tropa modelo es indispensable por todas partes, en campaña, en el campo y aun en los combates.

Este, en medio de la confusion general, conserva constantemente su actitud serena. Ya le veremos en la Crimea, despues de la lluvia, despues de las marchas, por en medio del fango y de la nieve, cuando el frio, la enfermedad y el desaliento desorganizan á veces los cuer-



Instalacion.

sesion se marca inmediatamente depositando en el lugar escogido el morral y la manta.

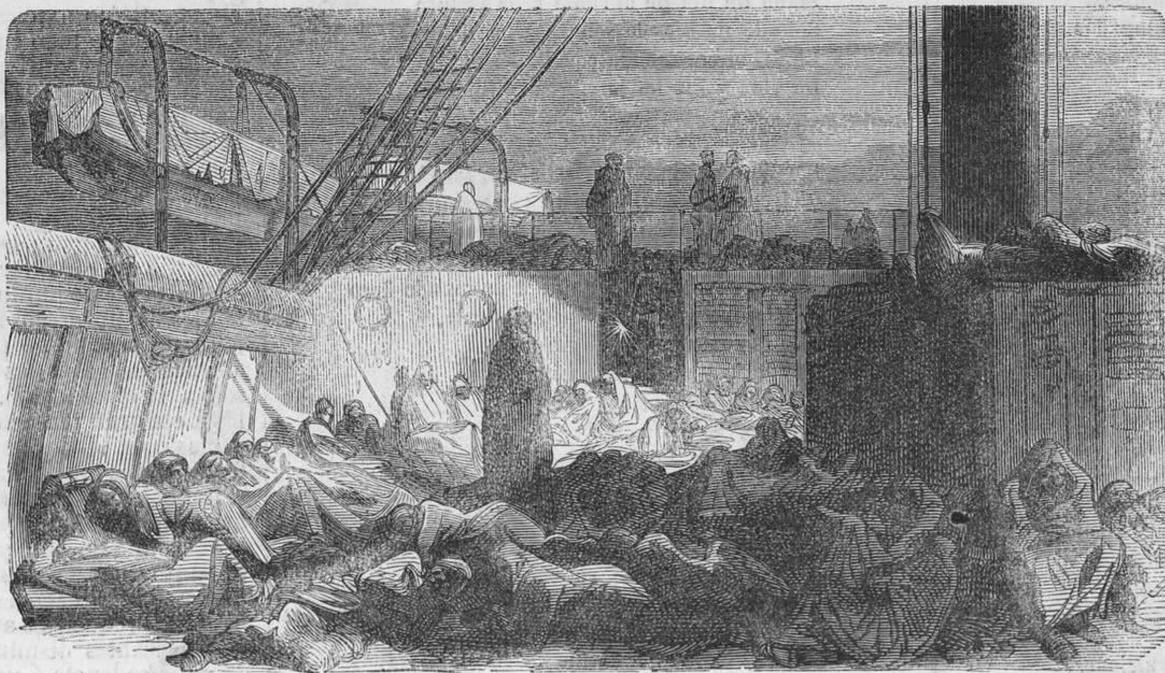
No creo debo pararme en demostrar todas las torpezas del soldado bisoño en este embarque, maniobra que por lo demás es muy poco comun al ejército de tierra. Mas de una vez sucede que cuando le suben á bordo se le escurren los piés y las manos al mismo tiempo, y entónces los marineros le recogen al vuelo, á él y á su fusil, su mochilla y su manta y todo junto va en un monton sobre cubierta. El pobre diablo se levanta, tropezando á la derecha, enredándose á la izquierda y amenazando caer en la máquina, hasta que al fin desaparece por una escalera y se le encuentra lleno de contusiones en la batería. En una palabra, aquí se repiten, multiplicados á lo infinito, todos los accidentes inevitables y siempre grotescos de los marineros que principian.

Naturalmente aquí y acu-

pamento cuando los vecinos solo encuentran guijarros, el zuavo se entrega muy á menudo á festines espléndidos é inexplicables. En el mar es tan marino como el que mas, y se ríe y se burla de los apuros y de las penas grotescas de todo el mundo.

El zuavo es la expresion mas brillante y perfecta del carácter francés en el ejército. En suma, una vez toda la gente embarcada y el buque andando, no sé como sucede, pero lo cierto es que se acaba la confusion, el ruido y el desorden: cada cual encontró su puesto, un buen puesto, á fé mia, y el orden mas perfecto reina á bordo.

Llegada la noche, prescindiendo de aquellos á quienes el mareo impone las posturas mas afflictivas, cada cual se tiende en las baterías ó sobre cubierta se arregla como puede en su manta y trata de reconciliar el sueño; así pues, concluiremos el artículo de hoy diciendo: — Buenas noches.



La noche.

EL JUICIO FINAL

POR
EMILIO BLANCHET.

I.

¿Qué voz es esa que rasgando el viento,
Al huracán en rapidez supera,
Y, sembrando el pavor y desaliento,
En un punto recorre nuestra esfera?
Los hombres palidecen á su acento,
El león tiembla por la vez primera,
En su anchurosa base de diamante
Se estremecen los Andes un instante.

II.

Mundo! llegó tu postrimera hora:
Al ángel de exterminio has escuchado!
Agonía tremenda, aterradora,
En su justicia Dios te ha señalado,
Digna de la prisión do el alma llora,
Do su divino ser es degradado
Cual diamante riquísimo, admirable,
Que en un carbon convierte despreciable.

III.

Como bajel do su bandera planta,
Al cielo y á los hombres desafiando,
Feroz pirata que se alegra y canta
Al ver lagos sangrientos humeando;
Que la inocencia y el pudor quebranta,
Y ante las canas no se siente blando;
Vas á ser pasto de las llamas, mundo,
Oh del espacio escándalo profundo!

IV.

Mas ¡ah! ¿do ha sido, lumbre bienhechora,
Que difundes la vida y la alegría,
Tú por quien es la flor encantadora,
Por quien el mar risueño se reía,
Por quien la casta luna arrobadora
Luz derrama inefable y poesía,
Tú, fuente perenal de la existencia,
Por quién los mundos giran en cadencia?

V.

Oh sol! en vez de mágicos fulgores,
Disco negro presentas solamente;
Y el astro caro á tiernos amadores
De tantas suaves emociones, fuente,
Que en misteriosos, célicos fulgores
Bañar solía el pecho mas doliente,
Súbita muestra lúgubre esqueleto,
De compasión y lágrimas objeto.

VI.

Como á la vista de hórrida alimaña
Por rumbos varios tímidas doncellas
Reparo buscan de su fiera saña,
Así corren las fúlgidas estrellas
Sin direccion del éter la campaña,
Y apagadas al fin sus luces bellas,
Se pierden en las sombras formidables
Do se revuelven ruidos espantables.

VII.

Tremenda confusion! rugen los vientos
Y de llamas incógnitas cargados
A destruir arrójanse violentos;
Fuego brotan los cielos desgarrados;
Estallidos, relámpagos, lamentos,
Estrépitos, retumbos, van mezclados;
El gran emperador de las montañas,
Himalaya, se esconde en las campañas.

VIII.

En inflamada nave pobre gente,
Corre, se afana, lucha, llora, grita,
Da tortura á su cuerpo y á su mente,
Mas fin horrendo no por eso evita:
Así la humana grey briosamente
En esfuerzos sin número se agita;
Mas la garra cruel de muerte horrible
Da á su esperanza término terrible.

IX.

En vano, anante, gruta salvadora
Buscas cargado con tu bello dueño;
En vano mueves pierna tembladora
Con brío juvenil, tenaz empeño,
Huyendo, anciano, tu postrera hora;
De tus fuerzas, jayán, la ayuda es sueño;
Fieras, oh madre, tu oración ablanda,
Pero estéril, tardía, es tu demanda.

X.

Revuélvese entre horribles convulsiones,
De modos mil herida la natura;

De ceniza las selvas son montones;
El escondido valle, la llanura,
Del cielo, huyendo, tocan las regiones;
Roto ya el freno de impotencia dura,
Vuela el mar á la presa con estruendo
Por la que estuvo siglos mil rugiendo.

XI.

Lagos, do hierven aguas sanguinosas,
Súbito, en vez de montes empinados,
Vense al fulgor de llamas azuladas;
Soberbios monumentos admirados,
Muestras del genio humano portentosas,
Confunden sus despojos calcinados
Con las arenas do robó el beduino;
Humo palpable gira en torbellino.

XII.

Creacion, tus fieras convulsiones,
Las llamas, las tinieblas, el estruendo,
La confusion de mil horribles sonos
Con ímpetu terrífico creciendo,
El caos de infinitas destrucciones
En su mas negro horror apareciendo,
De tu instante postrer señal son ciertas:
Oh! qué silencio!... la creacion es muerta!...

XIII.

Así en la hoguera que en aciago día
Logró encender el fanatismo ciego,
Con lúgubres aullidos se torcia
El infelice pábulo del fuego;
Súplicas, maldiciones proferia,
Desesperado forcejaba, y luego
Cenizas y silencio únicamente
Contemplaba el fanático inclemente.

XIV.

¿Y cómo pudo á fin tan espantoso,
Oh creacion, tu autor abandonarte?
La suave luna, el sol esplendoroso,
Las flores con que usabas perfumarte,
El bosque murmurante y majestuoso,
Aves, diestros cantores sin el arte,
La sublime cascada, el claro rio,
Un fin no merecian tan impío!

XV.

Mas eras ¡ay! del hombre la morada,
En tí exhaló su aliento emponzoñado,
Y quedó tu hermosura deslustrada,
Y su obra cara vió el Señor airado.
Así rica mansion dejó manchada,
Traidor valiente en lides renombrado,
Y su señor, henchido de nobleza,
Dió á las llamas su espléndida belleza.

XVI.

Oh! qué luz tan hermosa, tan brillante,
La creacion de súbito ilumina!
Tu lumbre, oh sol, mas bella y fulgurante
De compararse á esta no era diña.
Jamás caudillo al retornar triunfante
De la empresa mas alta y peregrina,
Con música cual esta tan pomposa
Engalanó su entrada majestuosa.

XVII.

Digna enseña del rey de la dulzura,
Tiende la cruz los brazos bienhechores
En la region de espléndida hermosura,
Los astros ostentaban brilladores.
Signo un día de oprobio y de tortura
Solo de un Dios la sangre y los dolores
En árbol convertida consiguieron,
Do vida y luz los hombres recibieron.

XVIII.

Por fin descende el celestial cordero!
Oh! cuán serena, cuán gloriosamente!
Tal como el astro de la luz venero,
Cuando torna el ocaso refulgente!
En pos descenden los que á un mundo fiero
Mostraron en suplicios su fé ingente,
Y la legion angélica y gloriosa,
Que del triunfo en el júbilo rebosa.

XIX.

Salve, Jesus, oh divina consuelo,
De la mas dura y borrascosa vida,
Al corazón que postra horrible duelo
Esperanza dulcísima y florida!
Al proletario que no ve en el suelo
Mano auxiliante de piedad movida,
Gozo le dás, le infundes fortaleza,
Y el rey le envidia en medio su grandeza.

(Se concluirá.)

Exposicion Universal de la Industria.

XV.

GALERIAS FRANCESAS. — LA INDUSTRIA LANAR: ROUBAIX
Y SU ESPIRITU INDUSTRIAL. LANAS DE FANTASIAS DE
LAS PROVINCIAS DE FLANDES Y DE CHAMPAÑA.

Es curioso observar como cambian los gustos y las aptitudes entre localidades industriales casi vecinas unas de otras y consagradas á trabajos y aplicaciones semejantes. La diferencia entre Reims y Roubaix es muy profunda y desde luego llama la atencion en sus exposiciones respectivas.

Reims siempre se resiente de su carácter histórico, aun en la parte mas esencialmente movable de su fabricacion, en los artículos de fantasía. Ciudad de tradiciones quiere conservar los hábitos contraídos, no se mueve sino con suma lentitud y como titubeando ante todo experimento nuevo. Allí cada cual trabaja con sus propios recursos absteniéndose de invocar al ménos en grande escala sea el socorro del crédito, sea la ayuda de la asociacion. Mucha prudencia, poco atrevimiento, una ambicion limitada que se resiste á las grandes empresas en cuanto parecen un poco aventuradas, hé ahí los rasgos mas generales que distinguen á la produccion de Reims en toda la serie de su desarrollo industrial.

En Roubaix, se ven otras inclinaciones y por consiguiente otro cuadro. Esta ciudad que no ocupa como Reims páginas brillantes en el libro del pasado, esta ciudad cuya fortuna nacida de ayer ha crecido en pocos años, se señala por el arder sostenido de su espíritu de innovacion en lo que atañe á la industria. Ya ha transformado dos ó tres veces su fabricacion; pero á pesar de su amor á los cambios, justo es decir que sabe hacerlos oportunamente.

Es muy de notar que sus progresos principales se efectuaron de resultados de las mismas crisis que se creyó la serian fatales. Mas de una vez cuando el gusto del público se apartaba de un objeto que alimentaba sus telares, se pudo inferir que se iba á concluir el trabajo y que su poblacion quedaria reducida á la ociosidad y á la miseria, pero los fabricantes con una facilidad sorprendente volvieron al punto sus ojos á otra parte, y dando á sus esfuerzos un curso inesperado creaban un nuevo género y se abrian así una arena nueva. No hay otra ciudad en Francia donde el sentido industrial se halle tan ejercitado y sea tan atrevido ni que sepa acomodarse tan bien á los caprichos de la moda; sus envíos á la Exposicion Universal ofrecen mas de una prueba de lo que decimos.

Roubaix solo hará cuarenta años que entró en el movimiento de la industria moderna, pues á decir verdad apenas figuraba en 1830 en ese sentido. En el último siglo poseía algunas fábricas de telas de lana que brillaron poco y reanudando en tiempo del imperio una tradicion interrumpida por las revoluciones, sustituyó con el trabajo del algodón el que antes hacia con la lana.

Pero despues de 1830 arrinconó esa materia que llenaba sus talleres nacies y saca de la industria de las lanas regenerada por los primeros triunfos de la mecánica el principio de una fortuna inesperada. A imitacion de la Inglaterra emprende la fabricacion de artículos lisos y luego entra en el dominio de las telas de fantasía donde se distingue por la extremada variedad de sus telas para vestidos, chalecos, muebles, etc. Los tejidos mezclilla de lana y de seda forman hoy segun sus muestras de la Exposicion Universal, el elemento característico de su activa fabricacion.

La marcha de la industria de Roubaix en la carrera en donde ha entrado hace veinticinco años ha sido de las mas rápidas, á tal punto que un juez muy competente, M. Mimerel (de Roubaix) senador, podía decir en el informe del jurado sobre la Exposicion de 1844 que en ménos de catorce años se habia cuadruplicado la produccion de esa ciudad. En el día el movimiento anual de sus negocios sobre el conjunto de los artículos será de unos 70 millones de frs.

¿Cuál ha sido la causa de ese aumento de fabricacion? ¿Cómo explicarse una fortuna tan brillante y súbita, sobre todo cuando se piensa que esa ciudad lejos de los rios y privada de manantiales, ha tenido que distribuir el agua con mano avara á sus máquinas de vapor y que aun en el día espera con impaciencia que se concluya el canal del Denle al Escalda que debe suplir sus pozos secos?

Roubaix supo marchar desde un principio con el espíritu de la época, y trató de abrirse camino dirigiéndose á la masa de los consumidores. Su especialidad consistió en abaratar las telas ricas, esto es, en producir hasta cierto punto el efecto de las telas de seda con tejidos de un precio infinitamente menor. De esa manera puso el lujo ó mas bien una cierta elegancia al alcance de todas las fortunas. Roubaix se dirigió no solo á la clase media, sino tambien en muchos artículos á esa gran masa de la poblacion en que piensan mas y mas cada día los que trabajan para las grandes transformaciones industriales.

Roubaix ha permanecido fiel á ese espíritu que se ha hecho tradicional en su seno. Y no se vaya á creer que la mezcla de lana y de seda que señala el punto culminante de su fabricacion actual, constituye un límite para la produccion de los artículos baratos. No; Roubaix sabe reducirlos aun, imitándose á sí misma. Ciertos fabricantes disminuyen la cantidad de seda, añaden una cadeneta ó una trama de algodón á una trama ó una cadeneta de lana, y confeccionan telas de ese

modo que no aspiran sin duda á igualar los tejidos de seda y de lana, pero que conservan aun buenas calidades además de tener un buen aspecto.

En la Exposición hemos conocido los puntos de semejanza y los contrastes que existen entre las ciudades de Reims y de Roubaix. Las dos ciudades poseen primeramente un fondo común compuesto de ciertas telas lisas de lana pura; en tanto que la primera tiene como sabemos ya sus franelas y sus merinos, la segunda tiene sus rasos de China, sus *stuffs*, alpargas, etc. Aquí ya varía el trabajo; pero las diferencias se hacen mas sensibles en el dominio de la fantasía. En los escapates de Reims, apenas se encuentra otra cosa que las telas de lana pura. Las mezclas tan variadas de Roubaix exigen mas arte, mas invención, y sobre todo mas atrevimiento, pues se necesita arriesgar á cada instante ensayo sobre ensayo, y producir muestras costosas.

Reims no siempre ha podido felicitarse de las empresas de Roubaix, pues se ha visto despojar á menudo casi enteramente de ciertos artículos por su rival emprendedora. ¿Es de temer sin embargo, que este despojo se repita y se extienda? ¿Es de temer que la fabricación de Reims se halle condenada á dejar emigrar uno tras otro hacia Roubaix los elementos de trabajo existentes en su seno, y sobre todo los artículos de novedades? Estas preguntas dan un interés particular al examen de ambas exposiciones. No se trata ya solamente de una comparación entre obras análogas, comparación que tiene es verdad su utilidad y encanto, sino que se trata de la existencia de 50,000 á 60,000 trabajadores. Conviene observar, pues, si los géneros que explota Reims no son en su mayor parte bastante inherentes al suelo para no tener que temer ninguna cosa de esas usurpaciones que dan un golpe mortal á un distrito manufacturero; conviene observar en fin, si la Exposición no ofrece lecciones útiles sobre los medios á cuyo beneficio los fabricantes de Reims pueden precaverse contra esas eventualidades funestas.

Examinemos bajo ese punto de vista los escapates de ambos pueblos consagrados á los tejidos de fantasía; pues en efecto, sobre este punto es donde reina el misterio para lo sucesivo, aquí pueden ejercerse mejor la influencia del espíritu de innovación y las fluctuaciones incesantes del gusto público. El dominio de la novedad se compone en Reims de los pañuelos de lana llamados *tartanes*, de las telas para vestidos, de los chalecos y los pantalones. ¿Qué seguridad ofrecen al trabajo esos diversos artículos?

Es preciso decir desde luego que ninguna de las muestras se limita á una sola de esas especialidades; los fabricantes abrazan siempre muchas y á veces todas. Entre esos artículos varios, los pañuelos *tartanes* llaman desde luego la atención por su crecido número; allí los hay de todos tamaños y calidades y no añadire de todos los colores, pues á pesar de sus dibujos multiplicados, no se ven mas que dos matices, el ceniciento y el negro. Reims tiene la excusa de haber abusado tan exclusivamente de estos dos colores por el favor extraordinario que obtiene desde hace algun tiempo esta combinación en el público; todas las casas que venden ese artículo piden constantemente esta clase de pañuelos; las manufacturas apenas dan abasto á tantos pedidos. Así se explica que los manufactureros se hayan precipitado en masa hacia esa mina abundante. Aunque los productos expuestos sean en general de una excelente fabricación, y aunque muchos de ellos merezcan una mención particular por el arte con que están ejecutados, no nos parece dudoso que la moda abandone pronto ese sistema de colores tan monotonos y bastante ingratos en sí mismo.

Además, se notan tambien algunos chales artísticamente confeccionados y con colores mas escogidos en los escapates de MM. Benvit, Malot y Walbaum y de MM. Machet, Marotte y Paroissien. Estos hermosos tejidos en nada son inferiores á los productos análogos de una fama merecida, que salen de la ciudad de Glasgow en Escocia. Semejantes aplicaciones nos parecen llamadas á tomar mucho vuelo. Detengámonos aun de paso ante los pañuelos de MM. Loscan-Leblanc, Massé hermanos y Petit, hijo, que aunque menos variados, no carecen de elegancia en sus dibujos. En cuanto á las calidades ordinarias, citaremos á MM. Vellard mayor, Vieville y compañía, H. Givélet y compañía que producen masas considerables de *tartanes* destinados ya al consumo interior, ya á la exportación.

En suma, el pañuelo manto de lana de que vamos tratando es uno de los mejores artículos de la industria de Reims. Con tal de que los fabricantes no repitan géneros gastados, con tal de que sigan atentos las evoluciones del gusto público, tienen ahí una fuente de trabajo que el arte admirable con que se trata la lana en su país nos parece ha puesto al abrigo de toda usurpación.

Los surtidos expuestos se parecen mucho en el ramo de artículos para vestidos. Las dos casas que he nombrado las primeras en la industria de los pañuelos son aquellas que nos ofrecen este segundo ramo de la novedad de Reims bajo su aspecto mas lisonjero. Los merinos escoceses y las franelas escocesas constituyen el fondo de todas las exposiciones. Ahora debemos decir que los merinos escoceses de Francia, cuya producción ha tenido un aumento extraordinario son de una fabricación admirable; en los mercados extranjeros compiten con los de la Sajonia que así como los *tartanes* de Glasgow disfrutaban de mucho favor entre los compradores. Sintiendo no poder citar los nombres de todos los fabricantes de telas para vestidos, quiero

mencionar al ménos MM. Philippot, Massé hermanos, Henriot hermanos, Lantein y compañía, Destenque y Bouchez, y Losseau Leblanc.

Puede aplicarse á ciertas telas la observación que presentámos hace un instante con respecto á los pañuelos, si bien aquí debemos hacer algunas restricciones. Reims no corre el peligro de verse arrebatada la fabricación de estos géneros porque cualquiera otra localidad pudiera confeccionarlos mejor: su personal es muy hábil en este trabajo que descansa por esta circunstancia en una base sólida. El peligro consiste en que el público llegue á preferir otros artículos. Si los fabricantes de Reims quieren limitarse á la fabricación de telas de lana pura tienen que procurar que la variedad de las disposiciones vaya unida con el mérito real de la fabricación. Es el único medio de disputar victoriosamente una parte del terreno á los artículos de mezcla como los que producen las fábricas rivales.

Mucho cuidado hay que tener en que aquí no ocurra un cambio sino semejante, al ménos análogo al que experimentaron las telas de chalecos. Las fábricas de Reims eran las mas importantes para este género hace unos veinte años, y esa industria, sobre todo en el ramo de alta fantasía, ha pasado enteramente á otras manos; no tardaríamos mucho en verla brillar en los escapates de muchos fabricantes de Roubaix.

En el día no queda en Reims mas que un solo fabricante que haga chalecos de alta fantasía, y es M. Ch. Patrian. Este en efecto, los fabrica con una rara perfección, y el jurado de Londres señalaba en 1851 su excelente gusto; pero la fabricación de este manufacturero que trata tambien los demás artículos de novedad, no puede considerarse sino como una excepción á la regla común. M. Patrian tiene fama sobre todo por una industria que ha regenerado completamente, ó que ha creado en Francia, por mejor decir, esto es, la de los piqués blancos lisos y labrados y los piqués de color. Aunque este artículo forma un gran contraste con la especialidad de la fabricación de Reims, no podria tenerse una idea completa de los elementos reunidos en ese gran centro manufacturero sino se echase una mirada sobre las muestras de los piqués de algodón.

Conviene recordar un hecho señalado por los informes de los jurados de las exposiciones francesas. La fabricación á que se entrega M. Patrian hace una decena de años ha llegado á un grado tal de perfección que iguala la finura de los piqués ingleses y aun les aventaja en cuanto al gusto. De este modo el piqué inglés ántes en posesión del favor exclusivo de los consumidores ha cedido casi completamente el puesto á los piqués franceses. Es cierto que el nombre aquel subsiste todavía, pero por lo común los sastres franceses dan el piqué de su propio país llamándole de fabricación inglesa. M. Patrian no es el solo que hoy explota esta industria: tiene concurrentes en Roubaix y en otros puntos, pero gracias á él, Reims continúa marchando á la cabeza de esa fabricación lo mismo en los piqués blancos que en los de fantasía.

Pero esta industria que, como decimos, se han apropiado otras ciudades, permanece en Reims en las manos del único fabricante que la habia introducido, y este hecho se explica por la preferencia señalada ya, que los fabricantes de Reims conceden á la lana. Además se explica tambien por una circunstancia inherente al trabajo mismo del piqué, circunstancia que mencionamos con gusto, porque ella nos permite volver los ojos hacia los obreros que fabrican este artículo.

La fabricación del piqué de algodón exige mayor habilidad en los obreros que la confección de la mayor parte de los tejidos de lana. Primeramente no es tan fácil formar los aprendices; en los piqués finos el tejedor tiene que poder desplegar una gran fuerza para apretar los hilos, y además es indispensable mas buena vista por causa del grano del tejido. Esta profesion forma una especie de escala que el joven obrero va subiendo á medida que se desarrolla, pero ordinariamente no permanece en la cúspide durante largos años. En cuanto su fuerza ó su vista se debilitan deja escapar los tejidos mas delicados, y su salario disminuye á medida que las dificultades de su trabajo. Obligado á mantener en esta industria un personal experimentado y que no puede aumentarse súbitamente, un manufacturero no siempre es dueño de trabajar en razon de los pedidos que se le hacen, pues no depende de él aumentar de pronto su producción.

Es de sentir que la fabricación de Reims no haya tratado de desarrollarse por ese lado, y que se contentase en cuanto á chalecos con telas muy comunes como la felpilla de lana sobre cadeneta de algodón. Menos difícil seria extender la fabricación de los piqués que quitar hoy á Roubaix la conquista efectuada en el círculo de los chalecos de fantasía de lana y cachemira. Sin embargo, no vemos en Reims muchas disposiciones para aumentar la fabricación de los tejidos de chalecos; ménos lejos se encuentra de los artículos para pantalones de invierno y de verano, pues aunque este género se halle todavía encerrado allí en límites bastante reducidos, muchas casas han emprendido ya esa fabricación con buen éxito. De esto nos hemos convencido principalmente ante las muestras de M. Maugin y de MM. Bouffard Ferrier y compañía L. Henriot hijo, Buffet, etc. Como pertenecientes al mismo órden de trabajo citaremos los paños sulta es de M. Chatelain Feron que pasa á justo título por un fabricante concienzudo.

Como todas estas telas son de lana pura entran per-

fectamente en la especialidad de la ciudad de la Champagne. Por su propio interés y por el del trabajo local, es de anhelar que los fabricantes exploten mas y mas venas de producción tan fecundas.

Las observaciones que hemos podido recoger en la Exposición manifiestan en definitiva que á pesar de todos sus flacos el dominio de la industria de Reims descansa en bases sólidas; y en efecto, encierra elementos que las aptitudes tradicionales de la fabricación no dejarán escapar. Sin embargo, no bastaria estar sobre la defensiva: se perderia terreno sin retroceder, por la razon de que entretanto avanzarían los otros.

La industria como casi todas las carreras abiertas á la actividad del hombre se compone, digámoslo así, de dos mundos, el mundo de lo conocido y el de lo imprevisto; en este último hay que lanzarse por los descubrimientos, por las aplicaciones nuevas, y solo es invencible aquel que sabe abrazar la doble perspectiva de esa escena inmensa.

He dicho lo bastante, sobre todo al hablar de los hilados y de los tejidos mecánicos para demostrar que la fabricación de Reims no está desprovista del espíritu de invención sino que por el contrario, procede á numerosas investigaciones en el campo en que se encierra, y mas de una vez sus esfuerzos han sido coronados con un éxito brillante. Podemos pues, separarnos ahora de su exposicion de los Campos-Eliseos, de esa exposicion que formará época en su historia industrial, bien tranquilos respecto á su porvenir. En cuanto á ciertos caracteres que faltan á varios de sus productos, vamos á encontrar una ocasion natural de apreciarlos, al verlos despuntar en la exposicion de Roubaix, cuyas preciosas fantasías seducen tantos ojos y lisonjean tantos caprichos.

Viaje del general Canrobert á Suecia.

La prensa toda se ha ocupado larga y detenidamente del viaje del general Canrobert á Suecia, atribuyéndole una mision diplomática que todavía sigue encerrada en el mas profundo misterio, si toda vez se puede asegurar que el general salió de Paris con tal objeto. Pero como á nosotros no nos toca dilucidar aquí estas cuestiones de alta política, limitándonos al objeto ostensible del viaje en cuestion, dirémos que Canrobert llevó el encargo de presentar al rey Oscar, en Estokolmo, la cinta y la estrella de la Legion de Honor, de parte del Emperador de los franceses. La recepcion que le hicieron en el país fué de las mas ostentosas. Segun los diarios de la nacion sueca, en todas partes donde se paraban los coches que el rey habia puesto á su disposición, se agolpaban los transeuntes á victorearle.

Una vez entrado en Estokolmo con la solemnidad que representa nuestro dibujo, el general recibió una hospitalidad llena de atenciones.

El 8, dice la *Gaceta nacional*, se le dió un banquete por el ministro de Francia, y el 9, el príncipe real, heredero de la corona, y la princesa real organizaron una gran comida en su honor. Anteayer comió en casa de M. Mayonis, ministro inglés, y ayer estaba invitado á comer con el rey. En la misma tarde hubo recibimiento y gala en el cuarto de la reina viuda, al que asistió toda la corte, igualmente que el general Canrobert, los ministros, etc. Hoy Su Majestad da en Drottningholm un almuerzo al que está invitado el general, y esta noche asistirá á la representación extraordinaria que se dará en el teatro. Mañana habrá comida en el cuarto del príncipe real, luego baile y cena en casa del baron Sterjneld, ministro de Negocios extranjeros. El general está invitado á uno y otro, y pasado mañana debe cenar en casa del conde Hamilton, gobernador general.

El general Canrobert consagra el poco tiempo que le queda á visitar los establecimientos públicos, especialmente los concernientes al ejército. Así, anteayer ha visitado con el príncipe real la academia de guerra de Karlbey, en donde ha seguido con mucha atencion los ejercicios del cuerpo de cadetes. De allí pasó á la coleccion de armas del palacio real, en la plaza de Gustavo Adolfo. Hoy ha visitado los cuarteles y el hospital militar. Mañana habrá una revista de los regimientos de la guardia y del regimiento de Svea-Artilleria. La poblacion aprovecha todas las ocasiones para manifestarle sus simpatías. Así es que la sociedad de canto dará esta noche una serenata bajo los balcones de la casa del general; el sábado dará tambien en su honor en uno de los establecimientos mas frecuentados, una gran funcion militar con música, cantores, discursos, etc.

El 12, el general Canrobert asistió en el palco del rey á una representación de la Opera, y fué objeto de una ovacion. A su entrada, el público le saludó con un grito de *viva!* y estrepitosos aplausos, y en seguida, todos los espectadores entonaron el himno: *Partant pour la Syrie* acompañado por la orquesta con una nueva instrumentacion escrita expresamente para esta solemnidad por M. Foroin, maestro de la capilla real. Despues se cantó el himno nacional.

Al fin de la representación, renovó el teatro sus nuevas aclamaciones en honor del general Canrobert, seguidas de la repetición del canto *Partant pour la Syrie*.

A su vuelta del teatro á su hotel, fué victoreado con entusiasmo por un gentío de mas de 20,000 personas que le esperaban en el Gran Mercado. El general, cumplida su mision, salió de Estokolmo con el mismo ceremonial con que habia entrado y ha regresado á Paris últimamente.



Recepcion del general Canrobert en Estokolmo.

Inauguracion de las obras del ferro-carril de Lisboa a Cintra y de los docks de Lisboa.

Lo que mas señalará el principio del reinado del joven rey Don Pedro V, es el desarrollo que han tomado ya las obras públicas, y el impulso dado al establecimiento de líneas marítimas, á la apertura de vias de comunicacion que deben hacer salir al Portugal del aislamiento en que le habian tenido hasta aquí, no tanto su situación lejana, como las circunstancias políticas y económicas.

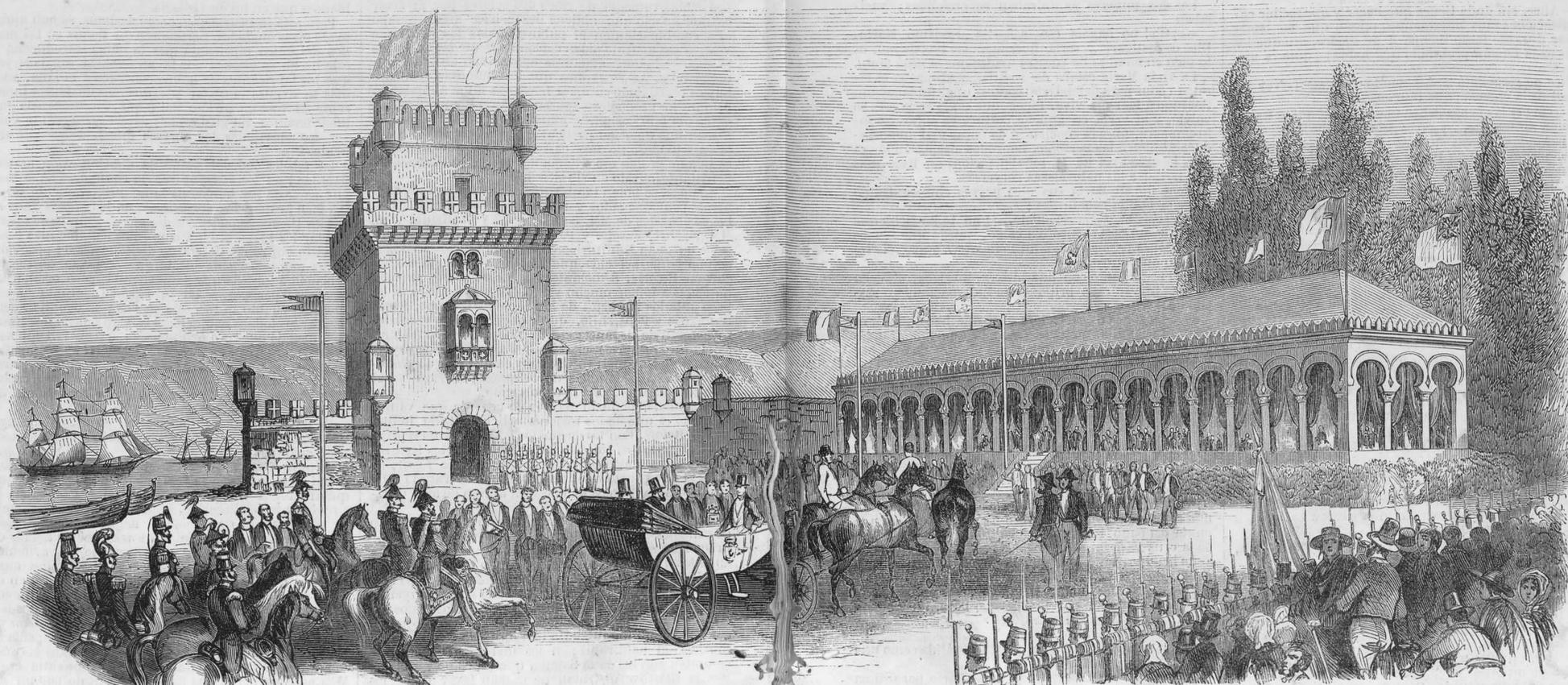
Durante largo tiempo, lo que llamaban obras públicas en Portugal se reducian á la construccion de inmensos palacios reales que están por concluir aun en el dia. Pais esencialmente marítimo, el Portugal solo parecia vivir con el producto de sus colonias, con el movimiento del litoral y de sus dos puertos principales, Lisboa y Oporto, en tanto que en el interior, la ausencia de comunicaciones, privilegios locales y los impuestos comunales, contenian y paralizaban los negocios; pero en fin, hace ya algunos años se ha principiado seriamente la obra que el país reclama con mas fuerza, á saber: la construccion de carreteras.

Es de elogiar todo lo que se ha hecho, y preciso es convenir tambien en que se han obtenido ya progresos muy notables. Desde hace algunos meses funciona un servicio entre Lisboa y Coimbre, por una parte, y entre Lisboa y la frontera de España por otra, y dentro de poco, una doble linea de telegrafia eléctrica reunirá las ciudades mas importantes en la direccion del Norte y del Este.

Hoy se inauguran las obras de un nuevo ferro-carril que tiene por objeto reunir, por ahora, la capital portuguesa con la pintoresca residencia de Cintra, y de establecer docks y un nuevo muelle á las márgenes del Tajo. El proyecto ha sido aprobado por las cortes y la concesion ha sido dada al Sr. conde de Claranges-Lucotte, que ya ha confiado las obras á un ingeniero en jefe, M. Tourneux.

La compañía concesionaria prosiguiendo la realizacion de un proyecto del marqués de Pombal, debe establecer un muelle que se extenderá desde la iglesia de San Pablo, situada en el centro de Lisboa, hasta la pintoresca torre de Belem. El gobierno ha cedido á la compañía todos los terrenos (mas de 900,000 metros) que el camino y el muelle tomarán sobre el Tajo, y en los cuales se alzarán un nuevo barrio, los docks, una aduana y un paseo sobre el rio. Desde Belem, el trazado penetra en el interior, pasa cerca de la residencia real de Queluz y llega á Cintra siguiendo los valles.

Despues este camino prolongado, segun los estudios hechos por M. Cousin, uno de los ingenieros del gran central, servira para unir la capital de Portugal con Oporto.



Inauguracion del ferro-carril de Lisboa á Cintra y de los docks de Lisboa.

La compañía concesionaria habia elegido para la inauguracion de sus obras el dia del cumple años de S. M. el regente Don Fernando, que prometió asistir con sus dos hijos, el duque de Oporto y el duque de Beja, á la ceremonia del principio de los trabajos.

A las dos, la artilleria de la torre de Belem, sobre la cual flotaba el estandarte real de la casa de Braganza, anunciaba la llegada del regente y de los infantes, y era tambien la señal del principio de las obras, cuyo recuerdo quedará consagrado por las dos inscripciones adjuntas.

SUB TUTELA
MAJESTATIS SUE AUGUSTISSIMÆ
D. FERDINANDI SECUNDI
REGIS REGNA LUSITANIE REGENTIS
ET INCOEPTO FAVENTIBUS VIRIS ILLIS EXIMIIS
MUNERIBUS REIPUBLICÆ ORNATIS
DUCE DE SALDANIA
RODRIGO DA FONSECA MAGALHAES
ANTONIO FONTES PEREIRA DE MELLO
REDDITUM OPERUMQUE PUBLICORUM
PREFECTO
FREDERICO GUILHERME DA SILVA PEREIRA
VICE COMITE D'ATHOGIA
HODIE KAL. AUGUSTI VII
ET ANNO SALUTIS MDCCCLV
OPERA VIE HUIUSCE FEBREÆ
CINTRAM AB OLYSIPONE TENDENTIS
FAUSTE ET FELICITER
DECRETA SUNT.

SUB TUTELA
MAJESTATIS SUE AUGUSTISSIMÆ
D. PETRI V
REGIS LUSITANIE FIDELISSIMI
OPERA VIE HUIUSCE FEBREAE
CINTRAM AB OLYSIPONE TENDENTIS
FAUSTE ET FELICITER INAUGURATA SUNT
III KAL. NOVEMBRIS
ET ANNO D. N. J. C. MDCCCLV
D. FERDINANDI SECUNDI
SUMMAM REBUM REGENTIS
AUTHORITATE ET GRATIA
FAVENTIBUS CONSILIARIIS ILLIS EXIMIIS
DUCE DE SALDANIA
RODRIGO DA FONSECA MAGALHAES
ANTONIO FONTES PEREIRA DE MELLO
REDDITUM OPERUMQUE PUBLICORUM
PREFECTO
FREDERICO GUILHERME DA SILVA PEREIRA
VICE COMITE D'ATHOGIA
HOC OPUS MAGNUM FUIT DECRETUM
EODEM SALUTIS ANNO.

Los pendientes de la difunta.

I.

Son las doce del día. Un hermoso rayo del sol de junio se desliza por entre las dobles cortinas de muselina y de damasco de dos grandes balcones y alumbraba una alcoba cuyo aspecto gracioso contrasta con la escena solemne á que asistiremos.

Una mujer de unos cuarenta años, hermosa aun, á pesar de las hondas huellas que el dolor ha dejado en su rostro, se encuentra en su lecho de muerte. Sus facciones escualidas tienen una expresion de serenidad; de sus grandes ojos negros medio cerrados se escapa un brillo suave; su boca descolorida está casi risueña; su brazo derecho que cuelga de la cama deja ver una mano blanca, larga, afilada, llena de distincion. Se comprende que la enferma sufre, pero que disfruta, digámoslo así, de sus padecimientos; hay en su fisonomía, en su actitud, en toda su persona, en fin, tanta quietud, tanta esperanza y resignacion, que se reconoce en esa muerte próxima la recompensa de una vida santa y justificada por el arrepentimiento, y se siente uno penetrado como de un presentimiento celeste.

Una mujer de unos veinte años y una jóven de poca ménos edad completan el cuadro que tenemos á la vista.

La primera, rubia de ojos negros, con largos cabellos dorados y de fisonomía un poco melancólica, se halla prosternada ante la cama con la frente apoyada en el brazo de la moribunda cuya mano cubre de lágrimas y de besos. Hállase vestida con riqueza y buen gusto, pero lo que estropea considerablemente el conjunto elegante de ese traje, es un par de botas en las cuales tiene metidas las piernas hasta las rodillas.

Desde luego queremos decir lo que significaban estas botas chocantes, á fin de que nadie tome por una loca á la admirable mujer que las llevaba.

La moribunda se llamaba la señora de Nunny. Su marido al casarse con ella la llevó una gran fortuna muy comprometida y una niña que habia tenido de otro matrimonio. La señora de Nunny, mujer de mundo y adornada con todas las cualidades requeridas para brillar en él, no se habia ocupado mucho de aquella niña que no era suya, y cuando ya llegó á ser madre amó apasionada y exclusivamente al fruto de sus propias entrañas. Nunca podia perdonar á Alice que arrebatara en su provecho la menor parte de las caricias, de los cuidados, y aun podriamos decir de los homenajes que pensaba se debian nada mas que á su hija, y en breve la hizo un crimen de parecer mas inteligente, mas bondadosa y bonita que Elena. Estableciábase pues entre estas dos niñas comparaciones que ajaban dolorosamente el orgullo materno de la señora de Nunny. Por último, llegó á odiar de tal manera á la pobre Alice que tuvieron que separarla de su lado para sustraerla á los malos tratamientos.

Sin embargo, esta Alice aborrecida era la jóven que acabamos de ver de rodillas delante del lecho de la señora de Nunny moribunda, de esa señora cuyas injustas prevenciones no se habian desmentido un solo instante. Alice casada ya, no tenia hacia algunos años ninguna clase de relaciones con su madrastra cuando llegó á saber que estaba en la agonía. Enferma ella tambien, quiso llevar consuelos á la que tanto la habia hecho padecer; su marido temiendo la impresion peligrosa que el espectáculo de una agonía podria producir en su organizacion delicada, le prohibió que saliera; pero Alice no sabia fingir, y declaró resueltamente que iria á ver á su madre, porque así debia hacerlo y así lo deseaba. Desesperando de vencer una voluntad cuya energía conocia, el marido habia encerrado con llave todo el calzado de su mujer y habia mandado á los criados que no favorecieran en manera alguna la generosa invasion de su señora. Entónces esta se levantó, se vistió sola, se puso á falta de otra cosa un par de botas que encontró á la mano, y atravesó por un dia de sol la larga distancia que la separaba de la casa de la señora de Nunny, adonde llegó rendida de cansancio y de calentura, pero contenta porque habia cumplido con un deber de conciencia.

La jóven que hemos mencionado ya se hallaba sentada en un rincon de la alcoba, lo mas lejos posible del lecho de su madre. Era Elena: sus ojos y cabellos de un negro brillante hacian resaltar la blancura de su tez transparente. Sus facciones de una admirable pureza de líneas son inflexibles y puras; su talle bien configurado carece de flexibilidad y de gracia; hay en toda su persona ménos altivez que impertinencia, ménos nobleza que afectacion. En el análisis cada detalle es hermoso, pero el conjunto es frio y poco simpático. Esta jóven tiene una figura admirable, pero una fisonomía poco graciosa; no es bonita porque no es buena.

Por disimular en presencia de su hermana á quien aborrece, Elena toma un libro y fija estar distraida en su lectura, pero su atencion se finge en otra parte. No pierde de vista el lecho de dolor, y cuando sus ojos se paran en el extraño calzado de su hermana, una sonrisa de amarga ironía se dibuja de sus labios delgados. Lo dirémos aunque sea una revelacion horrible: esa jóven idolatrada por su madre habia sido de una dureza odiosa con su madre enferma, y ahora delante de aquella agonía, solo pensaba en la herencia.

Largo tiempo hacia que la enferma, sin fuerzas ya,

se hallaba sin movimiento, cuando pareció despertarse y murmuró con una voz muy débil pasándose la mano por la frente:

— ¡Dios mio! ¡qué hermoso sueño!... Me parecia tener al lado un sér que me amaba...

A este grito de dolor de un alma abandonada, á esta queja tan elocuente en su sencillez, Alice respondió con un abrazo afectuoso; sus lágrimas corrieron con mas abundancia, y cuando su emociion la dejó hablar exclamó:

— No os habeis engañado, madre mia; hay aquí alguien que os ama... alguien que no os abandonará...

Lo moribunda volvió la cabeza hácia el lado donde resonaba esa voz amiga; vió á la jóven Alice arrodillada, pareció dudar de lo que veia, miró con mayor atencion, y vió de nuevo á la hermosa jóven llorando y rezando. Entónces alzó los ojos al cielo como para dar gracias á Dios, y luego fijando su mirada en Alice dijo con una sonrisa de una inefable gratitud:

— ¡Oh! Alice, gracias... gracias, ángel de mi sueño... Si supieras qué consuelo es para mí llorar sobre tus manos, cuando hace tanto tiempo que estoy acostumbrada á que nadie me ame... Si supieras qué consuelo es morir en paz cuando se ha estado á punto de morir con un remordimiento... No, yo no podia morir sin un perdon... te esperaba, y esperándote mucho he padecido... pero al fin estás aquí... hija mia; tus lágrimas refrescan mi alma, porque ellas me perdonan y me bendicen; y ahora ya no padezco, ya nada me pesa, soy muy dichosa, puedo morir porque me perdonas, ¿no es cierto?

— Madre mia, exclamó Alice sollozando, os pido vuestra bendicion de rodillas y os pido que vivais para amarme... ¡para que yo os ame!...

— Mi bendicion, respondió la moribunda; no pides mi bendicion... ¿y quién bendice á los ángeles, hija mia?... Oyeme, añadió al oido de Alice y señalando á Elena con los ojos; ¿ves esa desgraciada jóven á quien te he sacrificado implacablemente? Desde que está en el mundo no me ha causado mas que sentimientos; sobre todo desde que estoy enferma se ha mostrado bien dura conmigo... pues bien, á pesar de eso, yo la quiero siempre. Es altanera, egoísta, mala; nadie en el mundo la amará cuando yo haya muerto. Este pensamiento me hace mucho daño; prométeme que me reemplazarás á su lado, tú que has sufrido tanto por mí y por ella... y moriré con sosiego. Ella no te agradecerá probablemente tu cariño, pero la recompensa del bien que hagas no está en la tierra; eres demasiado buena para que tengas aquí tu premio. El obrar bien te bastará, aun cuando el Señor no debiera darte en el cielo lo que mereces.

— Os agradezco, madre mia, que hayais contado conmigo; seré siempre la hermana de Elena.

Hacia algunos instantes que Elena se mostraba impaciente con aquel coloquio de su madre y Alice, y cansada en fin al suponer que se olvidaban de su presencia, exclamó con acritud:

— Alice, sin duda tienes que hacer y que recibir comunicaciones muy interesantes, puesto que no temes cansar durante tanto tiempo á mi madre, aunque los médicos la tengan prohibido que hable: ¿quieres matarla?

Alice no respondió sino besando con mas fervor las manos de la enferma que murmuró:

— ¡Oh! si las penas deben matar, ya sé quien habrá causado mi muerte... y no es Alice por cierto...

Y pasando entónces su brazo en torno del cuello de Alice, añadió con una tierna efusion de amor y de arrepentimiento:

— Me he engañado, hija mia; tú sola eres mi hija, y habria debido amarte, pero en vez de hacerlo así, te he maltratado, te he aborrecido... ¡Es horrible!... Pero si te he causado algun mal, Dios me ha castigado con la que creí mi hija. Me has perdonado, ángel mio; voy á pedir á Dios que perdona tambien á tu hermana todo lo que yo la perdono. Alice... ¿dónde está Elena?... No la veo, no la siento...

La señora de Nunny hablaba con una voz tan débil que Alice apenas la oía; la moribunda pasaba sus manos trémulas sobre la jóven buscando en vano á su hija Elena que seguia sentada en su silla.

— Díla que se acerque... quisiera besarla, quisiera bendecirla... ¡será tan desgraciada!...

— Elena, dijo Alice espantada, acércate, nuestra madre te espera, quiere abrazarte.

Elena lanzó á su hermana una mirada feroz y la volvió la espalda.

La moribunda no hablaba ya, pero sus manos seguian buscando á su hija.

— Ven, hermana mia, te lo suplico, repeta Alice.

Elena no se movia. Las manos de la señora de Nunny se habian detenido, sus ojos se habian cerrado, una palidez cadavérica se extendia por su fisonomía.

— ¡Oh! Dios mio, exclamó Alice con desesperacion, es demasiado tarde.

Elena se acercó á la cama, se inclinó friamente, puso la mano sobre el corazon de su madre, el oido sobre su boca: el corazon no pulsaba, la boca no exhalaba ningun aliento.

Entónces Elena volviéndose hácia su hermana la dijo con un tono seco:

— Ahora que ya nada tienes que hacer supongo que saldrás de mi casa.

Alice cayó desmayada. Cuando recobró sus sentidos estaba en su lecho en su casa.

II.

A la otra mañana Elena se hallaba ocupada en contar las alhajas que tenia delante sobre una mesa. En su fisonomía impasible se podia leer la repugnante expresion de una avaricia alarmada. Despues de haber abierto los cajones de muchos muebles la jóven tocó una campanilla. Una criada anciana que estaba en la casa hacia treinta años entró enjugándose los ojos enrojecidos por las lágrimas.

— Marta, preguntó Elena, ¿dónde están los pendientes de diamantes?

— La señora los ha llevado siempre.

— Ya lo sé; pero ¿dónde están ahora?

— Los tendrá puestos todavía.

— ¡Cómo! ¿Y por qué no los has metido en el estuche?

— Señorita, no me habria atrevido.

— Marta, eres una loca. ¿Pienses que yo quiero perder esa joya?

— Pero, señorita, siempre oí decir á mi pobre ama que no se los quitaría nunca, y que aun despues de su muerte queria que se los dejaran puestos.

Elena frunció las cejas y repuso impaciente:

— Marta, aquí ya no hay mas ama que yo. Déjame en paz con tus reflexiones y tus escrúpulos; quiero esos pendientes ahora mismo.

— Pues id á tomarlos, hija desnaturalizada, exclamó la pobre vieja, arrebatada por su indignacion, y que Dios os perdone, si eso es posible.

— Marta, dijo Elena con una expresion de furor horrible, vieja loca insolente, te arrojo de mi casa. Sal de ella al instante y cuidado con que vuelvas.

Y dicho esto la volvió la espalda y se dirigió á la alcoba fúnebre. Marta la siguió ahogando en su pañuelo sollozos que no podia reprimir.

En medio del cuarto estaba el féretro cubierto con un largo paño negro rayado con una cruz blanca. Las persianas y las cortinas cuidadosamente cerradas interceptaban los rayos del sol que brillaba en la calle. Cuatro hachones que ardian á las cuatro puntas del féretro alumbraban únicamente el aposento con un resplendor lúgubre. La muerte estaba allí con todas sus tristezas solemnes, pero estaba sola; dos mujeres de mala traza pagadas para velar á la difunta murmuraban algunas oraciones, pero nadie mas estaba allí para verter una lágrima sobre aquel cadáver abandonado.

Al entrar en aquel cuarto la jóven se turbó; un temblor glacial corrió por todas sus venas. Sin experimentar ni dolor ni remordimientos, se sentia sobrecogida como por un presentimiento terrible. Pero la avaricia es desalmada: Elena quiso vencer sus impresiones, y dijo á las dos mujeres afectando una seguridad que el tono cortado de su voz desmentia:

— Abrid ese féretro.

— Está clavado, señorita.

— Desclavadle, luego le clavarán de nuevo.

Las dos mujeres se miraban sorprendidas; vacilaban.

— ¡Oh! no hagais eso, señorita, exclamó Marta, Dios os castigaria... sería horrible... no hagais eso, os lo pido en nombre de vuestra madre que os amó tanto.

La vieja Marta estaba de rodillas, y abrazaba el féretro como para defenderle contra una profanacion, llorando á lágrima viva. Elena, que no la creía allí, se volvió, y al verla en aquella postura se enfureció sobremanera, pues la conciencia de obrar mal que conduce al bien á las personas honradas despertando en ellas la necesidad de la rehabilitacion, lo hace mas que irritar á las naturalezas perversas.

Elena fijó en Marta sus ojos negros chispeantes de furor, y la dijo con dureza:

— Estás ahí, vieja serpiente... ¿no te he dicho que salgas de mi casa? Pero ya caigo, puede que tengas tus razones para resistir á mi mandato... acaso has robado lo que busco...

Marta se levantó con una altivez soberbia, fijó en su ama una mirada brillante de indignacion, y respondió:

— Señorita, en los treinta años que hace que sirvo á vuestra familia, no he sufrido mas que tres grandes dolores causados por la muerte de vuestra abuela, por la de vuestra madre, y hoy por vuestros malos tratamientos. Vuestra abuela me llamaba *su hija* y vuestra madre me llamaba *su amiga*; esto no me hizo orgullosa y nunca olvidé que era una pobre mujer que todo se lo debía, pero las he amado, las he respetado y las he servido bien; mi conciencia me dice que cumplí mi deber respecto á ellas. Hoy, señorita, me acusais de ladrona; os lo perdono de todo corazon, y me prometo que Dios os lo perdonará mejor que la profanacion de que vais á ser culpable.

Y al concluir estas palabras Marta se arrodilló con una serenidad admirable; rezó un instante, besó una punta del paño fúnebre, se levantó haciendo la señal de la cruz y despues de haber regado el féretro con agua bendita, salió sin que la jóven la respondiera nada.

Elena permaneció largo tiempo absorta en una preocupacion sombría; por fin, pareció hacer un violento esfuerzo y dijo á las dos mujeres:

— Abridme el féretro.

Todo su cuerpo temblaba, y estaba pálida como una muerte.

Las dos mujeres despues de consultarse por última vez con la vista, se acercaron y levantaron el paño negro...

Elena creyó ver que el féretro de su madre se movía y tembló más que antes. Habría deseado volver las miradas á otra parte, pero sus ojos estaban clavados como por una fuerza magnética invencible en aquel sitio fatal.

Cuando saltó la tapa de la caja, un estremecimiento nervioso circuló por los miembros de Elena.

Por fin las dos mujeres habian separado apenas la mortaja cuando huyeron lanzando un grito de horror.

Elena seguía con los ojos fijos á pesar suyo, y hé aquí lo que vió:

La madre que habia sido amortajada con los brazos extendidos á lo largo del cuerpo y con los ojos cerrados, estaba ahora en la actitud de una persona orando con fervor, y sus brazos cruzados sobre el pecho y sus ojos alzados al cielo parecían decir:

— ¡Dios mio, perdónadla!...

Elena cayó en el suelo presa de horribles convulsiones. Al otro día y los siguientes las mismas convulsiones la repitieron á la misma hora.

Estaba epiléptica.

Un año despues en aquel mismo cuarto habia otro féretro, y junto á él dos mujeres oraban por Elena muerta por sus remordimientos: eran Alice y la vieja Marta.

Elena habia sido muy culpable; pero habia tenido tiempo para arrepentirse, y la misericordia de Dios es infinita.

L. B.

LA HORTENSIA Y LA MADRESELVA.

LA MADRESELVA.

La dulce frente inclinada,
Sin color y sin esencia...
¡Pobre flor desconsolada!
Tú vives enamorada,
Y sufres males de ausencia.

Lloras tu amante perdido,
Y es inútil tal desvelo.
Tierno corazón herido,
Para encontrar el consuelo
Necesitas el olvido.

LA HORTENSIA.

Si no llorara á mi amante,
Perdiendo color y esencia,
No fuera mi amor bastante;
Yo lo siento mas constante
Con el rigor de la ausencia.

Tres auroras han nacido
Desde que le lloro ausente.
Yo no sé lo que he sufrido...
La palidez de mi frente
Podrá decir si le olvido.

LA MADRESELVA.

Tu padecer es bastante;
Yo calmaré tu dolor.
Espera flor á tu amante;
Que si tú eres tan constante,
Yo tengo lazos de amor.

José SELGAS Y CARRASCO.

HILDA.

BALADA.

A LA SEÑORITA DOÑA ANTONIA BEJAR.

Presta atención por un instante, mi cariñosa amiga, á las palabras que salen de mis labios, y abre tu corazón á las emociones que quiero hacerte experimentar.

Hilda era una hermosa jóven nacida en la ribera del Aar, en el condado de Abspurg; sus cabellos eran rubios, sus ojos azules como el cielo, su rostro copiaba las tintas de la azucena y de la rosa, su aspecto humilde y candoroso mostraba la inocencia de su corazón.

Hilda amaba con la pureza y el entusiasmo del primer amor á Guillermo, militar, de seductores ojos, aireso talle y marcial continente.

Guillermo era la envidia de todos los jóvenes del condado que habian tenido la suerte de mirar una sola vez la hermosura de Hilda, y hasta el mismo señor de Abspurg habia codiciado el amor de la jóven.

Guillermo la habia contemplado, y su vista habia encendido la llama del amor en su pecho. Se atrevió á confiarle su pasión con las palabras del sentimiento, y la jóven la acogió cariñosa para premiarla con su amor.

El ángel habia unido sus almas con sempiterno lazo; sus dos corazones eran uno solo. Hilda no vivía sin Guillermo, y el enamorado mancebo no vivía sin Hilda.

Su tierna madre habia comprendido los sentimientos que abrigaban y protegía su amor. Guillermo habia logrado la simpatía de la madre de Hilda.

Hilda era feliz; pero un día que atravesaba un frondoso bosque acompañada de su leal perro, oyó un ay doloroso que salía de una calle de arbustos contigua. Los ayes se repitieron redoblándose su intensidad.

Un sentimiento de compasión la arrastra hácia el lugar de donde salen los lastimeros quejidos. El deseo de proteger á un sér desgraciado se apodera de su corazón y llega hasta el pié de un copudo nogal.

Tendido sobre el mullido césped y todo ensangrentado encuentra á un peregrino de tostado semblante y como de unos 30 años de existencia.

— ¿Qué os pasa? le pregunta; ¿quién ha esgrimido contra vos el puñal homicida?... Mas vuestra sangre corre: dejad que la restañe.

— Bien venida seais, hermosa jóven, dice con apagada voz el peregrino, bien venida, mi providencia y mi consuelo. Unos bandidos que al sentir vuestros pasos se han fugado hundieron en mi pecho su puñal; pero vuestra vista y vuestro cuidado me devolverán la salud y la vida.

— Venid, venid: ya he restañado la sangre de vuestra herida y la he cubierto con mi cendal; haced un esfuerzo; apoyaos y os conduciré á mi morada no lejána de estos parajes; allí hallaréis un lecho en donde descansar.

El peregrino se levanta ayudado por Hilda; apóyase en su brazo y en el fuerte bordon, y con pausado andar se escaminan hácia el modesto albergue de la inocente jóven.

Los aullidos del perro anuncian á la madre la llegada de su hija: sale á su encuentro, escucha de sus labios cuanto le ha sucedido, se duele de la desgracia del herido viajero, y ofreciéndole nuevamente su vivienda, le conducen á una estancia retirada, donde hay un lecho limpio y cómodo. Instanle á que lo ocupe, y despues de aplicar á su herida eficaces remedios, se retiran dejándole en deliciosa quietud.

La noche habia tendido su oscuro manto, y los habitantes del condado de Abspurg comenzaban á cerrar las puertas de sus hogares. Hilda y su madre desean reposar.

Dejan cerca del peregrino á un pobre expósito que habian recogido por caridad, y se dirigen al lugar de su lecho.

Hilda penetra en su morada, entorna las hojas de la puerta, se recuesta en su lecho y se queda dormida. El leal perro está tendido á los piés de su ama.

Es ya la media noche: Hilda despierta; ha sentido crujir los goznes de la puerta de su estancia. Un temblor repentino se apodera de sus miembros.

En sus ensueños ha visto al peregrino abandonar el lecho, dirigirse con lento paso al lado suyo, y al despertar el ruido que percibe renueva sus recelos.

Lucha entre el temor y la ansiedad: vence esta; entreabre sus ojos, y lo primero que descubre es el semblante del peregrino.

Quiere gritar, pero la voz expira entre sus labios. Poco tiempo despues escucha una voz sorda.

— No temas, Hilda hermosa, ni te asuste mi presencia en este sitio y á estas horas. Yo no debo engañarte por mas tiempo: ni soy un peregrino, ni es mi sangre la que has visto correr. Cuanto ha pasado solo ha sido un ardid. Mirame, Hilda, reconócame: el altivo señor está á los piés de su vasallo.

Hilda vuelve á entreabrir sus ojos y reconoce en él al señor del condado de Abspurg... Quiere hablar y de nuevo expira la voz entre sus labios.

No hacia mucho que al encontrarla en la ribera del Aar, le habia mostrado su pasión y ella le habia pagado con el desprecio. Entónces juró vengarse, y su venganza debia ser terrible. Hilda se estremeció.

— ¡Ah, no te mueven, prosiguió el peregrino, no te mueven mis súplicas! ¡sigues dispuesta á despreciar mi amor! Pues bien, teme mi enojo. Si he cubierto mi cuerpo con estos miserables vestidos, si he trocado mi poderío de señor feudal por la humildad de un peregrino, ha sido por lograr esta ocasion. Estás en mi dominio y tú misma vas á dictar tu sentencia... ¿Me amas?

Hilda cobra aliento y valor. No, no, le dice, sois un cobarde, un vil: antes de amaros consiento perecer: yo misma me daré la muerte.

— ¿No accedes? Bien está: ya no quiero rogarte; mas escucha, tampoco amarás á Guillermo. Guillermo ha sido preso por mis buenos vasallos y se halla en mi poder no muy lejos de aquí. Con solo que yo acerque á mis labios esta bocina, tu amante dejará de existir: con que decidete. Amame, y vivirá; si te resistes, morirá y serás mia.

El corazón de Hilda se oprime nuevamente; quiere hablar y no puede; desea levantarse del lecho, y una fuerza superior la sujeta. Su pecho late con violencia... su respiración se acorta... Lanza un suspiro que se ahoga en sus labios, y cae desmayada. Su desmayo

incrementa su hermosura; el encanto de su rostro es irresistible.

Hilda vuelve en sí, respira, y su respiración se encuentra con la del peregrino; quiere mover sus brazos, y los siente sujetos... pugna por desasirse... lucha... se revuelve... siente que imprime un ósculo en su frente... da un grito y... se despierta.

Era la siesta, Hilda habia reclinado la cabeza en el regazo de su madre y habia soñado. Tiende la vista, y contempla no lejos á su amante; lleva los índices á sus ojos todavia asustada con el recuerdo de su pesadilla, y pregunta á su madre:

— Decidme: ¿no he traído á un peregrino cubierto de heridas y todo ensangrentado?

— No, Hilda, hoy no te has separado de mí.

— ¿Decís que no? ¿Entónces quién habla con sorda voz?

— Nadie; tú lo has soñado. Guillermo y yo calláramos por no turbar tu sueño.

— ¿Y quién sujetaba mis manos, quién ha besado mi frente?...

— Yo, yo he sido: te agitaba al parecer una triste pesadilla; tu rostro se coloreaba repentinamente, y te besé.

— ¡Ah, respiro! madre mia. ¡Qué horrible ensueño me ha turbado!

— Hilda se tranquilizó; su madre besó de nuevo sus mejillas y comenzaron con Guillermo una plática alegre unidos por el lazo feliz de la simpatía.

Poco tiempo despues, en una tarde del otoño, al volver Hilda á su morada, fué presa por unos enmascarados que la condujeron con el mayor sigilo hasta uno de los salones del castillo de Abspurg.

El señor del castillo le habia ofrecido su amor, y ella lo habia rechazado; el señor del castillo juró vengarse, y ya habia empezado su venganza.

Un instante despues entró en la estancia donde estaba la jóven, la instó, y ella rehusó. Entónces oyó el sonido de una bocina y recordó su sueño.

— ¿Adónde está Guillermo? exclama con terror.

— Mirale, mirale, responde el conde haciéndola asomarse á una ventana. Guillermo estaba pendiente de una horca. Hilda retrocede horrorizada.

Entónces siente que una fuerza brutal la sujeta... Lucha... pugna, mas todo en balde; siente el fuego de un beso... grita... y ¡ay! no era aquel el beso de su adorada madre. Hilda habia sido deshonrada.

Hilda abandona la estancia de su deshonra, corre al torrente que se despeña entre las rocas, y se lanza á sus aguas. Solo la muerte puede borrar su deshonra. El sueño se habia convertido en realidad.

S. J. NOMBELA.

Exposicion Universal de Bellas-Artes.

HOLANDA.

« Los holandeses situados en los confines del mar y de la tierra sobre varias playas arenosas de donde habian alejado las aguas con un arte admirable y sobre las cuales hicieron crecer hermosos prados, se hicieron alternativamente pescadores, labradores, ganaderos y comerciantes. Haciendo salar la pesca que sacaban de sus costas y vendiendo por todas partes esa pesca y la leche que sacaban de sus ganados, por medio de sus buques pusieron en relacion con las comarcas mas diversas y pronto se constituyeron en negociantes de todas las naciones, transmitiendo á las unas los productos de las otras... tambien se volvian así los primeros navegantes y al mismo tiempo fueron los mas diestros, los mas ricos traficantes del globo. Valientes y celosos de su prosperidad que defendian por mar y por tierra; republicanos, libres, divididos, elocuentes, pero capaces de contener sus pasiones, amantes de las artes que practicaron con una originalidad debida á su suelo y á sus costumbres, habian dado todos los espectáculos, los de la guerra, la libertad y la civilizacion... »

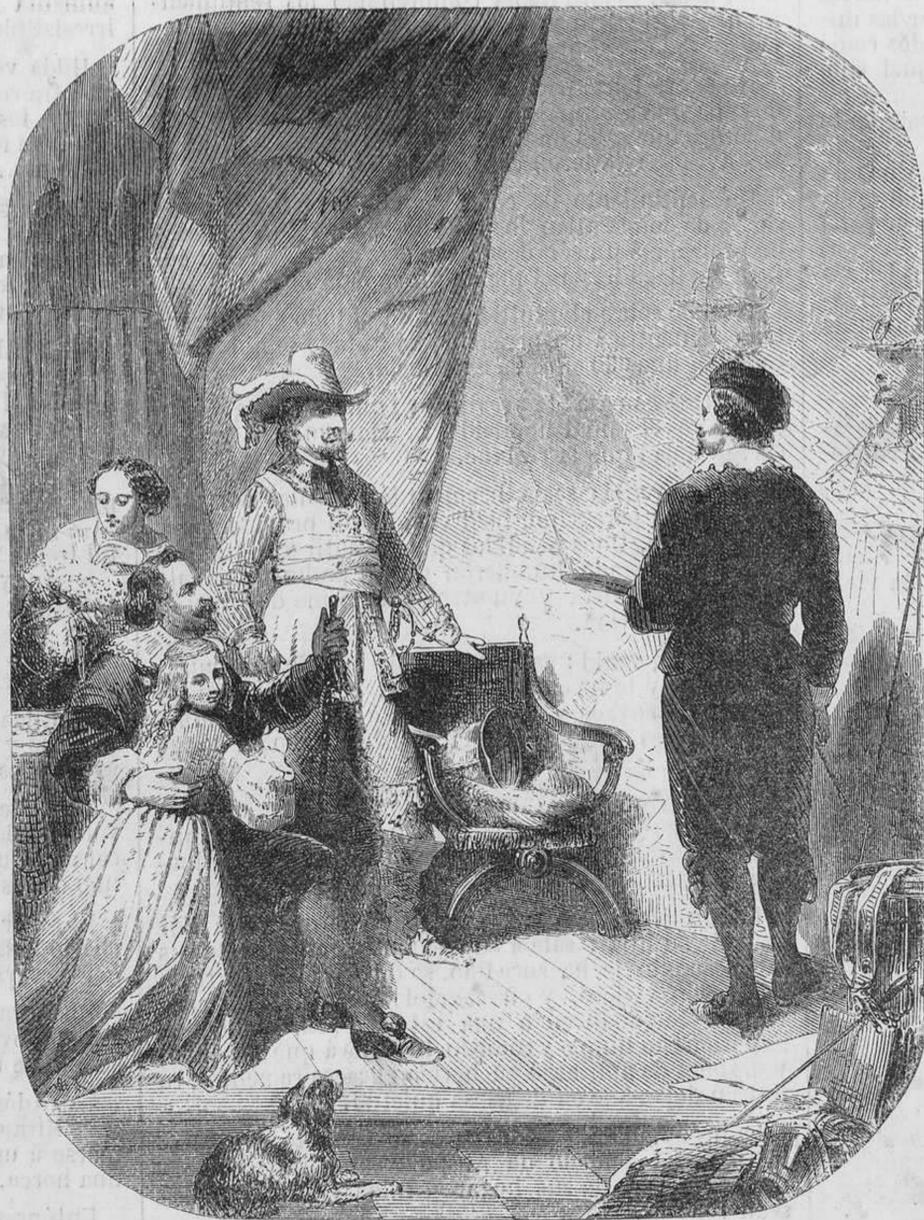
De esta manera caracteriza M. Thiers en su tomo XII de la *Historia del Consulado y del Imperio*, con una claridad de pensamiento y de estilo que recuerda los grandes historiadores de la antigüedad, á esos habitantes del Norte de la Europa que lucharon en influencia contra el poderío y el orgullo de Luis XIV y « que acabaron por dar á la Inglaterra por reyes unos príncipes que ni siquiera aceptaron por *stathouders* en su propio país. »

Ese pueblo, casi aislado del movimiento de la Europa en medio de sus pantanos y de sus canales, figura en la historia del arte, no por la arquitectura y la escultura, sino por su pintura impregnada de un carácter realista, y convertida como en un poema familiar consagrado á las vulgaridades de la vida comun. Esa tendencia se pronuncia ya de un modo marcado en el célebre Lucas de Leyde, contemporáneo y amigo de Alberto Durero, pintor y sobre todo grabador como este último, y colocado á la cabeza de la escuela holandesa como Alberto Durero domina el origen de la escuela alemana. No debemos pedir á sus artistas ni la nobleza de la composición ni la belleza de las formas. El soplo feliz que en otro tiempo dió vida á la belleza en-

tre los griegos, y que inspiró el genio á sus artistas, no visitaba las playas bajas de ese país conquistado sobre los mares del Norte y á menudo velado por la niebla. Los asuntos religiosos sacados de la Biblia y del Nuevo Testamento no inspiraron á los pintores holandeses un sentimiento mas elevado ni mas puro; pero en cambio encontraron un arte original cuando se dieron á pintar interiores de habitaciones privadas, chozas, tabernas, ferias, marinas, verdes praderas cubiertas de ganado... y que introdujeron en todas estas escenas comunes un amor de la verdad, una delicadeza y una paciencia inimitables en la ejecucion. Al desertar el ideal de la grandeza, descubrieron y pusieron en relieve un microcosmo hácia el cual se dignaron bajar sus miradas el arte antiguo y el arte italiano. Para esto se fabricaron instrumentos de una delicadeza extraordinaria, y emplearon el color con un acabado exquisito que ninguna escuela ha sobrepajado. Los insectos y las flores salieron de ese trabajo menudo adornados con los mas vivos colores; los pétalos de la flor viva no tienen matices mas frescos, un tejido mas aterciopelado y transparente, el rocío no cuelga de ellos una perla mas líquida que en las pinturas de Van Huysum. ¡Cuántas escenas encantadoras se ven en los cuadros de Cuypp, de Terburg, de Gerardo Dow, de Metz, de Mieris, de Van Ostade, de Steen y en los de Wouwerman, de Berghem, de Vanden-Velde!... y luego si se quieren citar nombres mas célebres, se hallan el de Ruissdael, el mas grande de los paisistas sencillos, y el de Pablo Potter el primero de todos los pintores de animales. Despues de estos nombres tan gloriosos tenemos que citar otro que á todos los eclipsa; un genio extraordinario, dibujante incorrecto, por lo regular poco elegante y casi siempre trivial, pero que á pesar de todos sus defectos figura por su originalidad en la primera linea de los grandes pintores del universo. Este es Rembrandt (1606-1669), el maestro del claro-oscuro, que concibió el empleo de la sombra y de la luz de otro modo que todos sus antecesores de todas las escuelas.

Tal fué el destino, tal fué la mision de la pintura en Holanda que ha quedado como la gloria mas evidente y mas incontestable de ese país, y que ha conservado un puesto considerable en la historia del arte moderno. Los encantos que ella realizó tuvieron eco á lo lejos; todos los pueblos civilizados se dejaron seducir por esos preciosos cuadros de los hábitos humildes y apacibles de la vida doméstica ó del espectáculo de los campos. Aun en el dia se disputan á peso de oro las producciones de esa escuela, y no hay hombre un poco aficionado á la pintura que no conozca la mayor parte de sus primeros maestros, y no conserve como un recuerdo dulce y agradable las imágenes de ese género familiar, de esa poesía popular, á cuyo beneficio el nombre de la Holanda se introdujo y no cesará de repetirse en el himno eterno en que la Fama canta la gloria de los pueblos.

Pero ¿porqué esa fuente se halla casi agotada en la actualidad? ¿Porqué el arte se ha apagado hoy en Italia, en esa tierra donde brilló en todo su esplendor? Hay momentos solemnes en la vida de los pueblos donde en medio de la vitalidad de su juventud sacan del seno de su civilizacion una idea nueva, una fórmula nueva; brillan algun tiempo con esa luz propia é iluminan el mundo, pero trascurrido ese período ya no encuen-



Exposicion de 1855. — Escuela holandesa. — Rembrandt trabajando en su estudio, cuadro por M. Hollander.

tran en sí ni aquel aliento ni aquel brillo. No es esto una razon para que siempre queden fuera del arte, pero deben buscarle en otras concepciones que en las del pasado, deben buscar nuevos puntos de vista, pues no es posible que haya juventud sobre una vena agotada.

La exposicion de la Holanda en el palacio de Bellas-Artes comprende 132 números (pintura al óleo, 95; — aguada, 4; — escultura, 3; — grabado, 26; — arquitectura, 4). En la pintura al óleo, M. BLES, pintor de género, es el único que manifiesta una personalidad

escuadron femenino que acude á socorrerle. Hay verdad de observacion en algunas figuras, pero en otras como en la del director la exageracion es evidente.

En su cuadro de las *Tres Madres* ha reunido con sencillez y naturalidad una jóven pálida que se levanta de una cama donde ha dado á luz un niño, su madre cuidada disponiendo unos almohadones sobre un sillón donde debe sentarse y una robusta nodriza que da el pecho al recién nacido en tanto que el esposo contempla la escena con un interés tierno. Esta pequeña composicion de un colorido ceniciento, tiene una gracia

triste, pero no las cualidades originales que distinguen á las obras precedentes. Estas pinturas de M. Blés dan la idea de un talento ingenioso y fácil, y de un buen espíritu de observacion para hallar con facilidad el lado chistoso de las escenas de la vida. Este carácter se descubre en los inteligentes rasgos del retrato del autor pintado por sí mismo.

Citarémos una composicion severa: *Miguel Angel delante del cadáver de la princesa Vitoria Colonna*, por M. SCHWARTZE. Esta página, consagrada al profundo dolor del grande artista delante de los restos de su ilustre amiga, exigiria un estilo mas firme y mas caracterizado. En un género secundario, M. SCHMIDT-CRANS ha representado con bastante verdad los *Bastimbancos en ensayo*.

Aquí reproducimos: 1º un cuadro de M. HOLLANDER:



Un jóven matrimonio y una tia anciana, cuadro por M. Blés.

digna de interés. En la exposicion de Brusélas (1851) presentó ya su cuadro titulado: *Un jóven matrimonio y una tia anciana* que aquí reproducimos. El artista ha querido dar en este lienzo el espectáculo de las últimas lunas de miel. Una mujer jóven y bonita, al lado de la cuna de su hijo, se halla dormida en brazos de su esposo que bosteza y se estira. Esta somnolencia no es únicamente fruto de una felicidad muy entregada á sí misma, sino que se halla provocada particularmente con los cánticos de una señora anciana que acompaña sus coplillas antiguas con el órgano. Un niño que está á sus piés se sonríe de los tiernos gorgoritos de la buena dama y de su efecto sobre los jóvenes casados. Hasta aquí todo marcha perfectamente; pero varios cazadores que entran en la escena por todas las puertas andando de puntillas para poder dar á los dormidos algun chasco campestre, vienen á complicar la composicion, que estaba muy bien sola, y de chocar á la vista del espectador por su poca gracia y su importunidad. El colorido es ligero y agradable, y el estilo fácil y corriente. Se ve que no hay aquí una intencion muy notable, pero la escena tiene un sabor particular, y cierta viveza que no ha podido encontrarse en el fondo de un carton de grabados ó en un museo.

El catálogo de la Exposicion Universal de Bellas-Artes indica el asunto precedente con este título: *Un jóven matrimonio y la tia anciana* como tomado de la sátira X de Boileau. Nada en lo que nosotros recordamos de esa pobre sátira justifica tal pretension, y sin duda ese error ha hecho decir á un crítico de talento que « el pintor se habia inspirado de Nicolás Boileau, poeta holandés del siglo XVII. »

Otro cuadro de M. Blés, el *Director de mujeres*, tiene un certificado de origen mas en regla. El artista ha tomado de la sátira X de Boileau un rasgo de colorido y le ha exagerado dando al director en cuestion una constitucion y un color apoplético que contrasta con la blancura y palidez enfermiza del

escuadron femenino que acude á socorrerle. Hay verdad de observacion en algunas figuras, pero en otras como en la del director la exageracion es evidente.

En su cuadro de las *Tres Madres* ha reunido con sencillez y naturalidad una jóven pálida que se levanta de una cama donde ha dado á luz un niño, su madre cuidada disponiendo unos almohadones sobre un sillón donde debe sentarse y una robusta nodriza que da el pecho al recién nacido en tanto que el esposo contempla la escena con un interés tierno. Esta pequeña composicion de un colorido ceniciento, tiene una gracia

triste, pero no las cualidades originales que distinguen á las obras precedentes. Estas pinturas de M. Blés dan la idea de un talento ingenioso y fácil, y de un buen espíritu de observacion para hallar con facilidad el lado chistoso de las escenas de la vida. Este carácter se descubre en los inteligentes rasgos del retrato del autor pintado por sí mismo.

Citarémos una composicion severa: *Miguel Angel delante del cadáver de la princesa Vitoria Colonna*, por M. SCHWARTZE. Esta página, consagrada al profundo dolor del grande artista delante de los restos de su ilustre amiga, exigiria un estilo mas firme y mas caracterizado. En un género secundario, M. SCHMIDT-CRANS ha representado con bastante verdad los *Bastimbancos en ensayo*.

Aquí reproducimos: 1º un cuadro de M. HOLLANDER:

Rembrandt en su estudio, ocupado en pintar una de las principales figuras de su ronda de noche, cuadro considerado como su obra maestra. Hay dos figuras episódicas de mujeres mal presentadas en la escena, bien dispuesta por cierto y bien alumbrada, pero sin acento y de una ejecución floja. — 2° Los frailes de S. Francisco cantando un Te-Deum, por M. BOSBOOM, escena bien entendida en cuanto a la luz, pero ejecutada con pesadez. Nos parece preferible á este cuadro un interior de iglesia, la Cena en una iglesia protestante, de un tono fiero y armonioso, donde el aire circula bien, pero cuyas figuras dejan algo que desear.

M. LUIS MEYER merece particular mención por las marinas que ha expuesto, y en especial: la Ráfaga de viento sobre la costa de Scheveningue. Esta marina, de un colorido ceniciento, tiene un tono y una ejecución admirables. Las olas se agrupan con ligereza las unas sobre las otras: allí se ven con verdad las aguas saladas y cenagosas del mar del Norte, que lavan las costas bajas, ó vienen á perderse en las dunas arenosas. Si M. Meyer consigue dar á las figuritas con que anima sus composiciones un dibujo mejor entendido y mas verdadero se colocará al lado de los célebres pintores de marinas de su nación, donde este género se ha cultivado con tanto éxito.

M. DE HAAS ha logrado esparcir con mucha verdad una claridad fresca y viva, aunque un poco cubierta á lo léjos por las nieblas de la mañana, sobre su hermoso lienzo titulado: las Orillas del Rhin. Las plantas están tocadas de un modo admirable, pero los animales reclaman un dibujo mas preciso, y las nubes son de una ejecución floja y desgraciada. M. de Haas tiene una vista clara y alegre del paisaje. M. BILDERS por el contrario, le concibe de un modo mas laborioso y le busca por entre unas espesuras vegetales que trata con un pincel ligero y franco, pero sin acordarse lo bastante de la naturaleza. M. KOEK-KOEK tiene mucha fama en su país. Sin duda alguna puede asegurarse que ha estudiado mucho tiempo los bosques y las enramadas de los árboles, pero tambien hay que decir que ha tomado con respecto á estos objetos de sus estudios ciertos hábitos amanerados que parece bien resuelto á no abandonar nunca. — M. SPRINGER en su vista del Hotel de Villa de Nimega á fines del siglo XVII ha pintado con pesadez los personajes, pero en cambio ha tratado con una paciencia



Exposicion de 1855. — Interior de una ciudad holandesa, cuadro por M. Veissenbruch.



Memorial presentado por los perros, dibujo por M. Gempt.



Frailes de San Francisco cantando un Te Deum, cuadro por M. Bosboom.

que parece querer luchar con la fotografía, los detalles de una fachada bañada por el sol.

Además de los cuadros citados ya, reproducimos tambien un Interior de una ciudad holandesa, copia de M. WEISSENBRUCH y el Memorial, dibujo al lápiz de M. GEMPT, comedia fantástica en que los perros son los actores y donde era de esperar mas carácter y alegría. — Dos obras maestras de este holandés, el Sereno, de Rembrandt, y el Festin de la guardia civil de Van der Helst han sido reproducidos á la aguada por M. CRAAYVANGER.

ESCULTURA: — Parándonos á considerar dos barros cocidos representando un Sereno de Amsterdam y un Vendedor de números de la lotería, dos figuras feas cubiertas de harapos, no hemos podido ménos de pensar con tristeza en las degradaciones que ha debido sufrir la escultura para llegar de la Grecia hasta aquí bajando de los tipos divinos de Fidias á esta verdad repugnante. D. P.

¡VUELVO!

HISTORIA DE UNOS AMORES.

I.

LO DE SIEMPRE.

En medio de unos deliciosos jardines en que brillan las flores mezcladas á los árboles de adorno, en que bulle una fuente de puras y serenas aguas, y sopla un aire embalsamado, se eleva una casa pintoresca por su situacion, y agradable á la vista á pesar de su sencillez; no tiene mas adornos que su blanca fachada y tres ventanas cerradas por persianas pintadas de verde.

En una de estas ventanas se distingue desde la extremidad de la alameda de filis y acacias que á la casa conduce, un bulto, desde esa distancia no me es posible decir lo que es, pero si te tomas, lector, la molestia de adelantarte un poco, verás una muchacha lindísima, de esas que á ti te gustan y que á mí no me desagradan.

Ahora puedes verla y dar tu opinion, aunque yo anticipadamente haya dicho que no podia ménos de gustarte una muchacha de buenos ojos, de facciones correctas, de simpático rostro y de no despreciable cuerpo.

Hace un buen rato que está allí y nada de lo que por los jardines pasa la distrae; tiene el alma sumergida en mas altas meditaciones, y no es extraño que no ha-

ga caso del canto de las aves, del ruido de la fuente que tanto conoce y del murmullo del aire en la arboleda; tampoco logran sacarla de sus meditaciones los graznidos de unos cuantos patos que vagan cerca de la fuente ni las oleadas del perfume de los tilos que trae el viento de vez en cuando hasta su ventana.

Está inmóvil, sus ojos fijos en un sitio, su cuerpo parece el de una estatua y como si su frente no fuera el centro de sus pensamientos, no la marca ninguna arruga, ni en ella se pinta ninguna señal de impaciencia.

Y no cabe duda que espera, á pesar de que no desespera, porque si con otro fin estuviera á su ventana, sus ojos distraídos recorrerían indistintamente todos los objetos que á su vista se desarrollan, y no prestaría una atención tan continuada á ninguno de ellos.

Pero la muchacha se ha movido, su cuerpo se ha inclinado mas hácia adelante y sus ojos se han abierto mas, como si quisiera devorar con sus pupilas un objeto que viene á lo lejos á caballo y que no es fácil reconocer por la nube de polvo en que va envuelto.

Ella debe haberle reconocido, porque una de esas sonrisas en que toma parte el alma se ha dibujado en sus labios, se ha llevado maquinalmente la mano al pelo y al cuello y cinta que le rodea, para arreglar algun pequeño desliz del tocador, ó algun atrevimiento de la brisa que se haya permitido empapar sus alas en el perfume de sus cabellos.

Mientras se ha verificado esta corta escena ha llegado el objeto esperado, ha parado el caballo debajo de la ventana, y con voz dulce y simpática ha dicho:

— Adios, Luisa, vida mia... y antes de acabar la frase cariñosa, que sus labios iban á pronunciar, la puerta se abrió y la muchacha se hallaba junto al caballo á quien hacia fiestas con una mano, mientras la otra descansaba entre las del jóven que le montaba; este se dobló un poco sobre el caballo para escuchar mejor las palabras que le decia la linda niña, mientras un magnífico perro de Terranova que le acompañaba daba saltos en derredor de la muchacha, ó se ponía á perseguir á los patos que huían despavoridos, lanzando esos desagradables y roncós graznidos que tienen por costumbre lanzar estos animalitos.

La conversacion de los jóvenes seguía animadísima, pero tan calladito que lo que es nosotros no pudimos percibir mas que algunas palabras bajas y frases entrecortadas que la brisa prolongaba un poco; tan escasas son estas, que no podemos transmitir cuáles fueron por miedo de una interpretacion violenta, ó de que algun académico haga decir á nuestros amigos en vista de ellas, lo que tal vez nunca pensaron decir.

Como cosa de un cuarto de hora duró esto; la muchacha animándose, el muchacho muy contento; Luisa sonriéndose, el mancebo alegrándose hasta que sonó la hora de la despedida, lo cual se verificó imprimiendo él un beso en la mano de ella apretándole las dos, llamándole su vida, su alma, etc., silbando á su perro que no tardó en llegar, recogiendo las bridas al caballo, y volviendo á apretar la mano de Luisa, al tiempo que una de las ventanas de la casa se abría, en ella aparecía la cabeza de una señora que dijo con tono de satisfaccion y alegría interior: *Son dos ángeles, y se volvió á meter.*

El muchacho partió, Luisa se entró en su casa, y el jardín se volvió á quedar como estaba en el momento de empezar este capítulo.

II.

UN MANDAMIENTO DE LA LEY DEL HOMBRE.

Reuníanse en la casa de campo que ya conocemos y en una pieza hasta ahora desconocida para nosotros, las tres personas de que hemos hablado en el capítulo anterior, algunos vecinos y un jóven que amigo de la casa iba allí por amistad segun unos, y por Luisa segun otros.

Sobre varios y diversos objetos giró la conversacion, que no es del caso referir, siendo de notar únicamente que Luisa habia mirado mucho al jóven con quien la hemos visto hablar por la mañana, que este habia correspondido á sus miradas con otras tan tiernas y apasionadas como las de la muchacha y que al jóven á quien hasta ahora no conocemos no le habian hecho mucha gracia.

Acabada la conversacion y siendo ya hora de retirarse, los dos jóvenes salieron juntos y agarrados del brazo, empezaron el siguiente diálogo:

— No te puedes figurar, amigo Juan, lo dichoso que soy.

— Te equivocas, Rafael, porque me lo figuro, y mas diré, lo he visto, tengo pruebas evidentes y ampliando la cuestion, me das envidia.

— Pues no te lo he dicho con esa intencion, contestó el designado con el nombre de Rafael.

— Luisa es un ángel, añadió Juan, tú la amas, ella te ama, y no es extraño que seas tan dichoso.

— ¡Ay! yo tambien lo sería si estuviera en igual caso.

— Buen remedio.

— Eso es, buen remedio, que puede uno echarse á buscar amada como el que busca achicorias en un campo; si tan fácil fuera ya tendria yo una mujer á quien amaria mas que á mi vida.

— ¿Y no la tienes? preguntó Rafael.

— No, no la tengo, porque hasta ahora no he visto mas que dos mujeres con quien he simpatizado por

completo, la una era Carolina, aquella que iba á las reuniones de la condesa.

— ¿Cómo, qué Carolina?

— Ya sé por qué lo preguntas, interrumpió Juan; porque Carolina estaba casada hacia dos meses; cuando yo la vi por primera vez una noche de baile, me encantó de tal modo que la saqué á bailar, despues de haberla dirigido unas miradas capaces de ablandar el bronce, unas miradas puramente platónicas, de esas que tu usas, y yo, henchido de esperanza al sentir su mano entre la mia, creí que iba á ser feliz; la dirigí unas cuantas galanterías de salon, me contestó afable, creció mi ilusion, y por fin me determiné á hacerla mi declaracion.

— Pobre Juan, dijo Rafael echándose á reir, y ¿qué te dijo?

— Me dijo: Vd. está loco... pues qué ¿ignora Vd. que hace dos meses que me he casado con un hombre á quien adoro mas que á mi vida?

— ¿Y tú qué le respondiste?

— Se me achicó el corazon, me retiré á un rincon de la sala de baile y medité.

— ¿Y qué resultado te dieron tus meditaciones? preguntó Rafael lleno de curiosidad.

— Este: esa mujer me desprecia, me dije á mí mismo, sin mas razon que porque está recién casada, por que está en la luna de miel, pues procuraré olvidarla, y para por si acaso, me propuse dos caminos distintos para domar ó satisfacer mi pasion: ahora me desprecia; pues bien, si no puedo olvidarla, esperaré; la mujer es de suyo caprichosa, algun dia se cansará del que hoy hace sus delicias; entonces tendré libre y expedito mi camino; no cedo, no desmayo, y lejos de eso, adopto mi gran palabra favorita. *Vuelvo*, volveré y puede que entonces sea feliz.

— ¿Y has vuelto? preguntó Rafael.

— Hací un mes, y nada...

— Sigue fiel.

— A muerte.

— Entonces has perdido la esperanza.

— No se pierde nunca la esperanza, dijo Juan con tono solemne.

— ¿Y qué has hecho?

— ¿Qué he hecho? decirme á mí mismo: era pronto y repetir mi magnífica palabra, vuelvo.

— Pues si siempre haces lo mismo vas á divertirte.

— No lo creas, contestó Juan, con las mujeres no debe uno perder nunca la esperanza; son como los niños, lo que hoy les desagrada mañana les agrada y vice-versa, por eso no desespero, ¿quién sabe?

— Pero hombre, dijo Rafael, esas son ideas criminales, ¿no te ha dicho que estaba casada?

— Sí, ¿y qué?

— ¡Ah! ¿te es igual? entonces estás en tu derecho.

— Te anuncio que no seré yo el primero, siempre he tenido por horrible deshacer la paz de los matrimonios, viviria con un remordimiento eterno y horrible, pero si por casualidad se desliza, ¡ah! entonces es mia, me pertenece, porque la adoro; entonces pongo en práctica mi palabra, y mi conciencia queda tranquila.

— Famosa moral.

— Si no santa, mas laudable es que la del hombre que me ponga en ese caso haciéndola faltar el primero.

— Me choca tu sangre fria, amigo Juan, y entonces vivirías tranquilo.

— Como un bienaventurado.

— ¿Y creerías no haber faltado á la ley de Dios?

— A medias.

— ¿Cómo á medias? no te comprendo.

— Porque si bien dice un mandamiento: no deseas la mujer de tu prójimo, creo muy bien que se podía haber añadido el undécimo: no enseñarle al prójimo la mujer del prójimo.

Una ruidosa y franca carcajada de Rafael acogió esta frase extraña de Juan, que conservaba su serenidad como uno de esos publicistas que con la mayor calma y buena fé encaja una utopia irrealizable y absurda.

Rafael no sabia ya cómo volver á anudar la conversacion, cuando Juan le sacó de apuros diciendo:

— Te chocan mis máximas; no son puras, pero sin embargo creo que pocos hombres pueden tener la conciencia tan tranquila como yo á pesar de mis teorías que á ti como estás en viseras de poseer una mujer no necesitas para nada la del prójimo.

— ¿Y la otra, porque creó que hablabas de dos?

— Sí, es verdad, pero esa es historia para mas adelante y ya estamos cerca de tu casa, por lo cual renunció hoy á contártelo y me reservo ese derecho para mas adelante y cuando tengamos mayor espacio.

Rafael se volvió á reir y se despidió de Juan que echó á andar á su casa adonde llegó al poco tiempo algo triste, y donde dió rienda suelta á su extrambótica imaginacion.

III.

QUIÉN ERA LA OTRA.

Juan como todo hombre que se fragua sistemas y que se desarrolla en su cabeza teorías mas ó menos ciertas, mas ó menos absurdas, apenas quedaba un momento solo, se entregaba á sus meditaciones las cuales solian durar lo bastante para calentarle la cabeza y llevarle de deducion en deducion, de idea en idea á generalizar absurdamente y á sacar de la ino-

cente palabra, vuelvo, un nuevo mandamiento, es decir, como todo en el mundo, que desde lo mas insignificante nos lleva á gigantescas cosas, á frases capaces de asustar al mismo Prudhom, si este fuera capaz de asustarse.

Acostóse Juan, y á solas con su almohada, que pasa por buena consejera para la mayor parte de los hombres, empezó á meditar despues de apagar la luz y quedarse en un silencio completo, y que no interrumpia mas ruido que el monotonó y pesado que produce la roedora carcoma cuando se posesiona de alguna puerta ó ventana.

Y Juan se decia á sí mismo:

— Nuevas esperanzas deshechas como el humo, sueños de oro desvanecidos como un relámpago, como el humo que flota un momento y nadie sabe donde le impele el aire, como el canto que se deshace sin que quede ni aun el eco. ¡Pobre alma mia! Otra mujer en quien yo loco y amante fijé mis amores y que no puede querermé porque pertenece á otro, y á un hombre con quien me unen lazos que no son los del prójimo que pueden relajarse, sino los de la amistad que ahogan con voz poderosa cualquier pasion que intempestiva se levante en nuestro cerebro; y horrible consuelo el que queda sin poder decir mas que esa mujer no me pertenece, porque he llegado tarde, porque otro hombre ha tenido la suerte de pensar antes que yo lo que despues he pensado; porque se lo he dicho antes, y porque ha venido á llenar un vacío que estaba destinado á un hombre, y él ha tenido la suerte de ser el primero; gran consuelo ver la felicidad ajena á costa de la mia, todo por dos minutos, ó dos horas ó dos dias; porque si hubiera acudido antes, yo hubiera triunfado, gran pasion la que no tiene mas mérito que el llevar la delantera, amor mas parecido á una carrera de caballos que á otra cosa, amor hoy legitimo, incomparable, inmenso, y quizás algun dia será pequeño y mezquino como todo lo humano, mujer que hoy halaga al hombre que le ha dicho yo te amo, y mañana sonreirá á otro hombre que llegue á tiempo; pues bien, yo procuraré llegar antes que nadie, yo me presentaré á esa mujer dentro de algun tiempo, antes que la unan á mi amigo vínculos que debo respetar: yo volveré confiado en su inconstancia, yo le aplicaré mi máxima favorita; no desmayo, me queda un gran recurso, el de no olvidarla por ahora para poder entrar á competir ese amor al mas mínimo nublado que haya en él, y los hay á menudo, porque es cierto el dicho de un poeta (1):

El amor de las niñas
Es como el cielo,
Tan azul en verano
Como en invierno.
Pero un nublado
Le oscurece en invierno
Como en verano.

Desde que leí estos versos en un álbum, los he creído completamente de mi *Vuelvo*, yo volveré, yo solicitaré tu amor, Luisa hechicera, cuando el ingrato Rafael te olvide, cuando nadie se atreva á calmar tus dolores de miedo, que por despecho ajas su corazon; yo amante resignado, Luisa mia, volveré de nuevo los ojos á ti, y entonces veré coronado tu amor, calmadas tus penas, secas tus lágrimas, y tu corazon renaciendo á la dicha y á la esperanza, con un nuevo amor tan feliz como el cielo, y para cuyo azul no habrá nublado ninguno que lo oscurezca.

Y acabando estas frases dió un suspiro, se acurrucó en la cama, procuró reconciliar el sueño, dejando correr y vagar su imaginacion por los espacios vacíos de la ilusion.

IV.

AUN HAY OTRA.

Frecuentaba la tertulia que por la noche se reunía en casa de Luisa una muchacha, que aunque no de una belleza tan perfecta como la de esta, hubiera podido entrar á competir con ella, segura de sacar algunos votos en pró y de obtener mayoría absoluta, sobre todo en los salones donde se baila, se juega, se charla y se ama.

Porque Enriqueta era muy bonita, mas que bonita, tenia esa gracia encantadora que anima los ojos y hace esos pliegues tan diminutos y tan divinos en los labios de las mujeres, cuyo principal adorno es la sonrisa.

Enriqueta era bulliciosa, juguetona y maliciosa: habia comprendido en dos dias que Luisa estaba enamorada de Rafael, y aunque algunas veces les habia hecho rabiarse, ayudaba cuanto podia á su amiga.

Habia tambien comprendido á primera vista que Juan era un tipo extraño, de esos que se fraguan un mundo en la cabeza al mas pequeño suceso; que tambien le hacia gracia Luisa, solo porque Rafael la amaba, y que se hacia mas desgraciado de lo que era por su modo de ver las cosas; mas de una vez se propuso divertirse á costa de Juan, y aunque no habia realizado ninguno de los proyectos que contra él se habia fraguado, no por eso dejaba de meditarlos de vez en cuando.

Nosotros, que tenemos motivo para conocer mas á fondo el carácter de Juan, podemos añadir que la jóven Enriqueta no se habia engañado, y que Juan la hubiera amado á ella tambien si algun dia se hubiera

(1) D. Eduardo Gasset.

podido sospechar que otro hombre pensaba en aquella mujer.

Quizás Enriqueta deseaba que Juan la dijera algo al contar sus abrils floridos y al ver marchitarse sus veinte años sin haber oído nunca palabras amorosas, lo cual es muy posible, pero Juan no se había dado por entendido.

Llegó Rafael á la tarde siguiente del día en que tuvo el diálogo con Juan al salir de la casa de Luisa, y se halló á esta con su amiga Enriqueta muy en conversacion. Despues de saludarla y de las primeras palabras de costumbre, les contó todo lo que con Juan había hablado y el maravilloso modo que este tenía de entender la moral, cuento que se recibió con grandes carcajadas, sobre todo por parte de Enriqueta, á quien hizo mucha gracia el cuento de los amores de Juan.

Apénas se retiró la traviesa muchacha á su casa, se metió en su cuarto y se puso á fraguarse un plan para reirse un poco á costa de Juan y armarle un lío, como suele decirse.

Efectivamente, Enriqueta cogió una pluma, y despues de un rato de meditacion, escribió en medio de algunas risas suyas la siguiente epístola, que se apresuró á mandar á Juan para gozarse cuanto ántes en su triunfo: la epístola de Luisa decía así:

« ¿Recuerda Vd. una mujer á quien se atrevió Vd. á declarar en un baile? ¿Una mujer á quien dijo Vd. en medio de otras frases que le dictaba el pecho por las negativas que había Vd. recibido? ¿Vuelvo? Pues esa mujer desea hablarle á Vd. hoy á la caída de la tarde en la plazoleta del bosque de Castaños, que está al final de la posesion llamada Va'dera. Discrecion y silencio.
» Hoy 20. »

Apénas leyó Juan esta carta, en virtud de la asociacion de ideas, se dibujó en su mente la figura encantadora de Carolina, de aquella mujer casada á quien se había declarado en un baile, la que le había dado calabazas á las primeras de cambio, porque hacia dos meses que había contraído matrimonio con un hombre á quien queria mucho, y que hoy se hallaba habitando el campo como él, viviendo quizás á dos pasos de su casa, puesto que designaba por punto de cita la posesion que habitaba Luisa, y en la plazoleta de los Castaños donde había visto á Rafael amar á Luisa, á Enriqueta en quien no había parado nunca la atencion, y donde ni aun por casualidad se había hallado con Carolina, y de quien no había oído hablar nunca por aquellos sitios, siendo así que en el campo todo el mundo se conoce.

Peró sin embargo, como la carta tenía esa letra diminuta é incorrecta que caracteriza la de la mujer, como el papel era fino y mas elegante que el que usan los hombres, como tenía un perfume de esos que solo usa la hermosa mitad del género humano, no vaciló un momento en creer de buena fé que solo una mujer como Carolina podia ser la autora de aquel billete.

La leyó y la volvió á leer veinte veces, no queriendo dar crédito á sus ojos de lo que veía, ni á su razon de lo que leía, creyendo que no podia ser él, sin embargo de que solo á él podia dirigirse la carta, el hombre que disfrutara tanta dicha, tanta ventura.

Puedo sin inconveniente presentarme á ella, dijo, sea el que quiera el resultado de esta entrevista, siempre le quedará á mi conciencia el consuelo de no haber sido yo el que ha provocado esta cita; ella falta, y no debo tener inconveniente en aceptar sus proposiciones; y luego cuando la fortuna viene á uno á buscarle á su casa, no aprovechar la ocasion seria de necios, y se resolvió á ir.

V.

EL BOSQUE DE CASTAÑOS.

Empezaba el sol á hundirse detrás de las colinas que cierran el paisaje en que nos hallamos: de vez en cuando la brisa apacible de la tarde sopla con grato murmullo por entre las ramas de los castaños, levantándose á su prso las hojas secas que flotaban un momento en el espacio, y venian á confundirse con el torbellino de las que yacian en el suelo separadas del tronco á quien en otro tiempo prestaron adorno y lujo; oíanse los acompasados chirridos de los insectos veraniegos, y por momentos el chillido agudo de los murciélagos, que en bandadas giraban en círculos escéntricos persiguiendo los mosquitos que volaban en torno de los árboles.

Nada turbaba el silencio apacible de aquel bosque sino los murmullos que acabamos de describir, cuando llegó Juan á la plazoleta designada, con el alma un tanto excitada, la mente no muy tranquila, y el corazón palpitando de continuo.

No había nadie; él creyó que sería temprano y aguardó: hacia media hora que estaba allí sentado, solo y meditabundo en el mismo sitio en que se colocó á su llegada, no habiéndose atrevido ni aun á moverse, de miedo que el ruido de sus pasos le impidiera oír la llegada de la que esperaba, cuando sintió pisar sobre las hojas, y el ruido de pasos muy ligeros. Apretó el corazón, empezaron á latirle las sienas y á anudarse la garganta, cuando creyó notar que los pasos habían cesado; efectivamente reinaba el mas profundo silencio. Los pasos volvieron á oírse mas cerca, y el ruido cesó á poco tiempo, en el momento en que Juan creía oírlos cerca de sí: los pasos no resonaron, pero se le figuró oír detrás de su asiento que las ramas

de las zarzas y helechos del bosque se movian, se levantó maquinalmente, y lleno de júbilo fué á acercarse, y entre los matorrales vió clara y distintamente una figura de mujer que huía, y bastante de prisa, porque sus pasos se perdian, saltó del sitio donde estaba, echó á correr por donde la figura se había ido, salió al lindero del bosque y no vió nada, escuchó, no se oía ningún ruido.

Confuso con esta escena, empezó á recorrer el bosque internándose por sus sinuosas y torcidas calles, y sus pesquisas fueron vanas, como si la mujer que él había visto hubiera brotado de entre las plantas y se hubiera perdido en el espacio: nada demostraba haber pasado por allí mujer alguna, entónces se volvió á la plazoleta muy meditabundo, á esperar el resultado de aquello.

AGUSTIN BONNAT.

Revista de la Moda.

SUMARIO. — La moda en casa. — De como pasa su vida un hombre elegante. — Las batas á la orden del día. — Una bata esencialmente aristocrática. — Los señoritos se pintan las pestañas. — Rarezas de los jovencitos que se introducen en el mundo. — De cómo se viste el verdadero elegante. — Trajes de niños. — Los vestidos anchos y los vestidos estrechos. — La sopalanda y la esclavina Baby-Club. — Descripción de nuestro figurin que representa trajes de paseo y de sociedad.

Hoy el oficio de hombre á la moda es tan grave y tan importante como el de diplomático. Un hombre á la moda lleva una vida tan ocupada como la del baron de Rothschild y la de M. E. Pereyre. Tiene que mostrarse en todas las solemnidades de la moda y del gran mundo, tiene que cambiar de trajes tres ó cuatro veces al día, y tiene que vestirse segun los últimos figurines. El traje de mañana, que es el de casa, se compone de una casaquilla, ó una bata. La casaquilla, por elegante que sea, es mas propia para la primavera y el estío, en tanto que la bata sirve mejor para el otoño y el invierno. La bata se lleva mas ó ménos larga: para un jóven alto y bien hecho no hay nada mas distinguido que una bata. Esta prenda puede hacerse tan lujosa ó tan sencilla como se quiera. Las mas elegantes son de brocado de terciopelo con dibujos de flores, de brocatela con flores de terciopelo, de cachemira con arabescos de oro ó de cachemira oriental con forro de felpilla ó de plumon de cisne. Los adornos varian lo mismo que la tela. Unas veces se ponen alamares de seda sobre el pecho y otras presillas anchas y botones con un cordón al talle tambien de seda que remata en largas borlas de seda y de felpilla.

Es elegantísimo el usar una bata de terciopelo azul de Prusia con grandes dibujos de oro y forro de plumon de cisne blanco. Las mangas son muy anchas y llevan grandes puntas adornadas con borlas de oro. Esta bata tiene un capuchon terminado por una borla de oro. Un cordón formado de un trenzado de oro sostiene en la cintura los pliegues de la bata, y va adornado con dos largas borlas de oro. En la cabeza se lleva un gorrito vasconce de terciopelo azul bordado de oro. Las babuchas son de terciopelo azul enriquecidas con arabescos soutacha de oro. El pantalon es de terciopelo azul oscuro ó blanco de cachemira. La camisa es de fina batista con pechera de pliegues menudos y calados.

Para este traje casero se exige tambien el concurso de la perfumería y de todas las mentiras de la coquetería que usamos nosotras las hijas de Eva. Un buen mozo no vacila en este año de gracia de 1855 en pintarse lo mismo que nosotras. Compra en casa de Guerlain unos polvos negros que coloca á la punta de sus pestañas mas ó ménos largas, mas ó ménos sedosas, lo que le da unos ojos de armenio, unos ojos melancólicos y suspirantes que lanzan miradas de fuego. Pero aun no es todo; un elegante verdadero gasta tambien coldstream de violeta y polvos de arroz, y además se peina como un querubin con una raya en medio de la cabeza. La moda del día es llevar el cuello al aire, lo que hace que los señoritos tengan cierta semejanza con los pichones desplumados. Esta moda no sienta bien sino á los hombres ya hechos.

Pido mil perdones á la elegancia parisiense, pero no hay nada mas grotesco que el verla disfrazada con una esclavina, con un largo cuello rojo saliendo de una especie de vestido en forma de campana.

No hay nada nuevo ni bien extraordinario en cuanto á trajes de vestir y de paseo. — Los hombres distinguidos buscan siempre la sencillez y dejan á los jóvenes las excentricidades de la fantasía. El hombre de gusto no llevará nunca un pantalon de satín negro de lana con gruesos puntos encarnados, á ménos que no se haga de esa tela un pantalon para salir de la cama, en tanto que un principiante de los que acuden á Folies-Nouvelles se presenta con ese pantalon en soiré, con su frac azul y guantes blancos.

Los fracs del gran mundo para baile y teatro no salen del negro y del azul inglés. En cuanto á los pantalones son de satín de lana color de perla, negro ó blanco. Mayor variedad presentan los chalecos, que pueden bordarse de perlas y enriquecerse de diamantes. Los chalecos del duque de Brunswick se han hecho célebres por su originalidad y magnificencia. Así pues, en los chalecos está permitido todo el lujo posible. Es muy sencillo y rico un chaleco de muerre antiguo con botones representando moras de perlas finas ó de diamantes. Este es el chaleco del verdadero hombre elegante, del hombre que puede gastar en un chaleco dos ó tres mil francos.

Los trajes de los niños se dividen este invierno en dos

clases opuestas, á saber: el género muy ajustado y el género muy ancho. Los vestidos ajustados son para los niños de siete á diez años: compónense de una chaquetita redonda de paño abotonado derecha ó de pequeño chal, pero tan corta que no cubre las caderas, y descansa al rededor de la cintura, y de un chaleco derecho tambien abotonado hasta arriba.

Hay otras chaquetillas que se hacen de terciopelo negro, pero estas tienen un corte diferente; el cuerpo dibuja el talle sin ajustar, y van cerradas por delante con cinco alamares separados, el primero de ellos muy arriba: las mangas anchas, sin ser pagodas, adornadas con bocamangas redondas dan á estos cuerpecitos de terciopelo negro un carácter de sencillez muy propio de la infancia.

Tambien se hacen trajes de fantasía compuestos en su mayor parte de pequeños corpiños que dibujan el busto y que se adaptan á unas cortas faldetas fruncidas ó plegadas. Esta clase de prenda solo es adecuada para los niños de cinco á seis años. En cuanto á los vestidos anchos que dominan la moda consisten en unos paletós que se llevan sobre los trajes ajustados. Tenemos el modelo mosquetero, la sopalanda, la esclavina Baby-Club y el pequeño Talma. La sopalanda no es otra cosa que un vasto paletó-saco, sin cuello, que cierra derecho con cuatro botones de un modelo abultado.

La esclavina es una prenda muy bonita con un bolsillo en los faldones, y su bolsillito al lado izquierdo para guardar el caramelo. A los diez años el niño es ya hombre, ó por lo ménos le visten como un hombre.

El mes próximo será fértil en bailes de trajes y de sociedad. Entretanto, el figurin de hoy da una idea exacta de las modas actuales.

El primer traje se compone de una levita de edredon verde mezclilla, abotonada sobre el delantero con tres botones de forma de aceituna. Largo de talle ordinario, lo mismo que el largo de faldones; su vuelo no tiene nada de exagerado. — El chaleco se lleva de felpilla de seda con pequeño chal subido.

El pantalon bien ancho de piernas cae ajustado sobre el pié y no lleva trabillas.

El niño que viene despues, de siete ú ocho años, lleva un bonito traje mosquetero que se compone de una chaquetilla de paño granate oscuro, adornada sobre el delantero con una doble hilera de alamares formados con un ancho galon cosido llano que sirven para cerrar el corpiño por medio de los botones que hay al lado. El chaleco es de piqué blanco y se abotona derecho; no lleva cuello. — El pantalon va plegado por arriba y cae estrecho sobre el zapato sin trabillas.

El tercer traje está figurado en un hombre de unos treinta años. Su levita es de una elegancia confortable por la manera con que está ejecutada. El cuello así como las solapas van forradas de terciopelo. Las mangas van cortadas anchas sin bocamangas. El interior de estas levitas se forra de seda. Se respuntean todo al rededor, así como en la orla de las mangas para simular la bocamanga.

Chaleco de fantasía, sea de terciopelo, de felpilla ó de cachemira, con pequeño chal corredizo ó cuello caído, un poco largo y derecho alrededor de la cintura. Pantalon de punto mezclilla, derecho; se lleva con trabillas ó sin ellas.

Viene despues un primoroso traje de soiré, muy propio del gusto del día, pues que se han acabado aquellos trajes de luto que llevaban los hombres, lo mismo al baile que al teatro, lo mismo á una fiesta que á un entierro. El frac de un hermoso paño bronceado va respunteado al rededor. Por su corte, aunque grande, permanece abierto sobre el delantero, gracias á un trabajo especial de las solapas y del cuello que forman chal hasta el segundo boton contando por abajo. — Largo de talle un poco mayor que el busto en realidad; faldones un poco anchos. — Chaleco de seda satinada plata, con chal muy abierto á fin de que se vea una bonita pechera con chorreras. Corbata blanca bordada á las puntas, y cuello postizo á la inglesa.

Pantalon de satín de lana color de perla, semi-ajustado, poco largo y redondo, por abajo; zapatos de charol y media blanca.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Ferro-carril de S. Quintin á Erquelines.

EL NUEVO PUENTE DE COLONIA.

Las vias férreas habían logrado desmentir un axioma de geometría; — el camino mas corto de un punto á otro es la línea recta; el camino de hierro del Norte que pone en comunicacion tantos pueblos, da vueltas y revueltas considerables. Para obviar este inconveniente, la Compañía francesa se ha hecho dueña de la línea de Charleroi á Erquelines en Bélgica, la ha unido con la de Paris en S. Quintin por medio de una prolongacion de 85 kilómetros y de ese modo ha acertado el trayecto entre Paris y Colonia de unos 100 kilómetros atravesando en su extension el centro de uno de los puntos mas abundantes en carbon de piedra que se conocen en Europa.

La nueva línea de S. Quintin á Erquelines, obra de MM. Protche y Guillon ingenieros, encierra trabajos de arte importantísimos; citarémos entre otros el viaducto de Selle, cerca de Cateau-Cambresis de 176 metros de largo y de 24 de alto, luego el puente sesgado de Bohain de Bazuel y el puente derecho de Haumont; el paisaje de ese territorio es bastante insignificante, y hasta Erquelines no presenta nada extraordinario. Pero desde este punto se atraviesa diez y seis veces el Sambre que nunca se pierde de vista y este país es un

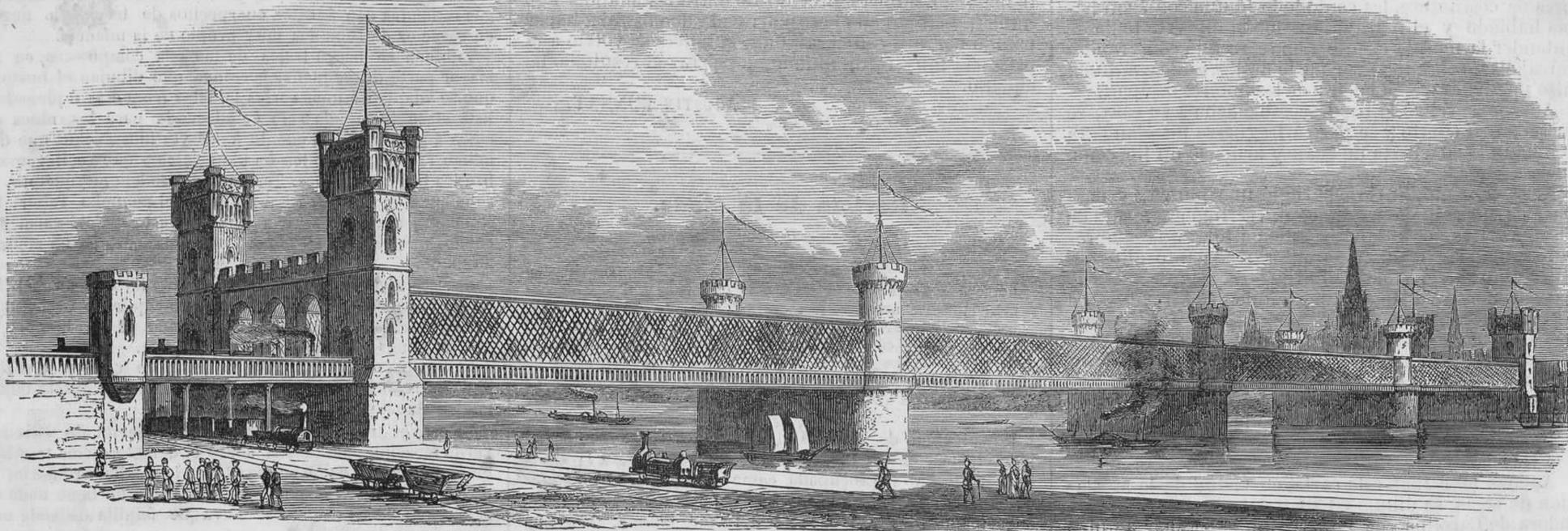
bonito prefacio para esa Suiza belga que principia en Charleroi y termina á las puertas de Aquisgran.

Nada dirémos del trayecto entre la ciudad que encierra la tumba de Carlo-Magno y aquella en que nació Rubens; es un país rico y por consiguiente poco pintoresco; — hermosas llanuras, algunos trozos de monte y bonitas aldeas, en fin lo que se encuentra por todas partes en el centro de Europa, de modo que el viajero puede sin esfuerzo reservar toda su admira-

cion para la catedral de Colonia y las magnificas iglesias que encierra esa ciudad, y tambien para las márgenes del Rhin que ancho y majestuoso conserva todavía en ese sitio su aspecto de gran rio antes de irse á perder oscuramente en las arenas de la Holanda.

Lo que ha hecho la Compañía del Norte por el tránsito directo con la Alemania, lo ha hecho igualmente la Prusia. Desde Basilea hasta Holanda, no hay ningun puente fijo sobre el Rhin. Cuando vienen los hielos,

los puentes de barcas se repliegan á la orilla, y el paso es muy peligroso sino impracticable, tanto que el mismo que escribe estas líneas se acuerda muy bien de haberle atravesado el 1° de enero de 1850 en una barca frecuentemente levantada por los grandes témpanos de hielo que traía el rio, ejercicio que hacian admirablemente los barqueros que nos guiaban. Este estado de cosas se concluirá próximamente; hace pocos meses el rey de Prusia ha puesto con toda solemnidad



El nuevo puente de Colonia.

la primera piedra del puente que debe reunir Deutz y Colonia, la Alemania del Mediodía y la del Norte, y ese trabajo colosal adelanta rápidamente. Por una excelente combinacion cuya iniciativa pertenece á la Francia que la ha puesto en ejecucion en el hermoso puente de Bercy (ferro-carril que rodea Paris), el puente de Colonia dará paso al mismo tiempo á los trenes, á los carruajes y á la gente, y será un bonito recreo para los paseantes el poder colocarse bajo sus arcos cubiertos al abrigo del sol y de la lluvia, para disfru-

tar del espectáculo animado de ese rio que despues de haber hecho mella en las rocas viene á perderse en las arenas que sus aguas transportaron.

La inauguracion de este nuevo trozo de camino se efectuó el 21 del mes pasado sin ninguna solemnidad, pues la Compañía del Norte prefirió repartir en socorros á los indigentes de los pueblos por donde atraviesa la nueva via, el dinero que habria consagrado á fiestas inútiles. Solo la prensa estaba convidada para señalar la importancia del nuevo trayecto; una hospitali-

dad franca y cordial esperaba á los viajeros llevados hasta Colonia por M. Polak, jefe de la secretaria, y M. Ohnet, jefe del movimiento comercial. Allí, como ya no es Francia, la compañía del ferro-carril de Verviers á Colonia representada por M. Hauchecorne nos hizo los honores de la Prusia en un banquete donde hubo brindis amistosos. Es verdad que esas expansiones patrióticas con el vaso en la mano en nada comprometen á los príncipes.

P. B.

El general de Ponteves,

MUERTO EN SEBASTOPOL.

Juan Bautista Edmundo, conde de Ponteves, nació en Marsella el 24 de junio de 1805. Pertenecía á una de las familias mas antiguas é ilustres de la Provenza. Destinado desde muy joven á la carrera de las armas, hizo sus estudios en las escuelas militares de la Fleche y de Saint-Cyr de donde salió en 1824 para entrar en el 20° de línea á la sazón en España.

Era subteniente en la guardia real cuando estalló la revolucion de 1830. Licenciado con ese cuerpo, fué llamado al servicio en 1831, y despues hizo todas las campañas de Africa desde esa época hasta 1834. En la toma de Bougie fué citado en la orden del dia del ejército por un hecho de valor y recibió la cruz de la Legion de Honor.

Despues en calidad de comandante de batallon recibió el mando del círculo de Tiarret, puesto de confianza donde en breve se hizo notar por su aptitud administrativa y por el ascendiente que supo conquistar sobre las poblaciones árabes.

Nombrado oficial de la Legion de Honor y teniente coronel, fué incorporado en el 18° regimiento de línea y en esta calidad asistió al sitio de Roma, donde obtuvo por su brillante conducta el grado de coronel y el mando del 75° regimiento de línea.

Despues de haber mandado tres años ese hermoso regimiento que todos sus amigos recuerdan abandonó con tanta pena, y despues de haber recibido la cruz de comendador de la Legion de Honor, fué promovido á brigadier, y llamado al punto al mando de una brigada del ejército de ocupacion en Roma.

Designado para mandar una brigada activa de la guardia, imperial



El general de Ponteves.

el general de Ponteves marchó para la Crimea. Ya repetidas veces en el servicio de las trincheras, habia recibido algunas heridas ligeras, que trataba siempre de ocultar aun á los oficiales que le interrogaban.

Pero el 8 de setiembre en el ataque de la pequeña estrella de la Carena fué herido mortalmente, conduciendo al asalto la columna que mandaba. Herido de un casco de bomba en la cabeza y de una bala que le rompió la columna vertebral cayó sin conocimiento, y solo con gran trabajo y arrojando los mayores peligros pudo su edecan el capitán Lamy llevarle todavía vivo á las trincheras.

Conducido al hospital de sangre del cuartel-general expiró al otro dia á las diez de la noche despues de haber mostrado una calma y una resignacion que solo pueden dar la fé cristiana, y una piedad angélica como la suya.

El general Ponteves era adorado de los soldados, á quienes amaba como un padre ama á sus hijos. La bondad constituia el fondo de su carácter pero esta cualidad no perjudicó nunca á la autoridad de su mando.

Como hombre privado nadie tuvo en el mundo tantas y tan buenas amistades. Por eso su pérdida ha sido muy sentida en el ejército lo mismo que en su patria, pues habia sabido granjearse en alto grado la simpatia, el respeto y el cariño de todo el mundo.

Su corazón, traído á Marsella ha recibido los honores debidos á tan caro despojo. Al ver los homenajes que le rendian, el recogimiento de esa multitud de parientes, de amigos, de militares de todos grados que le seguian sumergidos en un respetuoso silencio, se comprendia toda la extension de la pérdida que acababa de hacerse y el sentimiento que debia dejar en todos los corazones.

A. DE